

ALLENDE EL MAR



CRÓNICA
DE
UN VIAJE A ORÁN
DE
**DAVID
ESTEVEAN**

El Rodador

ALLENDE EL MAR



ALLENDE EL MAR

* CRONICA DE UN VIAJE

A ORAN * ESCRITA POR

DAVID ESTEVAN * *

* PRECEDIDA DE UNA

AUTOBIOGRAFIA * *

* * * PROLOGO DE

ANTONIO LEDESMA *



IMPRENTA CATÓLICA

LA INDEPENDENCIA

BELOY, 2 Y 4.-ALMERÍA.

AÑO 1911

HEMEROTECA PROVINCIAL

SOFIA MORENO GARRIDO

ALMERIA

R. 274.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Dedicatoria

Al noble pueblo de Orán, rico en la producción, activo en el comercio, inteligente en la industria, infatigable en el trabajo, generoso en la hospitalidad, expresivo en la simpatía, tolerante en el régimen, severo en la higiene, culto en la enseñanza, artista en el ornato; y seductor y alegre, por la transparencia de su cielo, la intensidad de su luz y la gentileza de sus mujeres.

David Estevan

PRÓLOGO

David Estevan, cuyo espíritu culto, entusiasta y decididor florea todos los asuntos, siempre con destellos de ingenio y no pocas veces de poesía, resuélvese á coleccionar en este libro crónicas suyas de un viaje á las oranesas playas, en que dignamente representó al periodismo local, formando parte de la oficial comitiva, que en las últimas fiestas de aquella colonia francesa fué á rendirle, en nombre de nuestra ciudad hermana, la ofrenda de sus afectos.

Los artículos de David, publicados en *La Crónica Meridional* y hoy capítulos de este volumen, escritos á vuela pluma, revelan una fluidez de expresión y una vivacidad imaginativa, dignas á la vez del febril repórter que á

PRÓLOGO

diario ha de trazar sus impresiones y del reposado escritor que ha de pulir cuidadosamente su prosa galana. Tienen el destello de la improvisación y la corrección literaria que no se improvisa: esa difícil facilidad de que se hacen lenguas los críticos, cuando con la abundancia de la vena va el pulimento de la frase, y en el cauce de un estilo deleitoso fluyen armoniosamente enlazados ideas y sentimientos.

Hoy los libros de viajes, como no sean de exploradores, no gozan la importancia que en otros tiempos. Nadie descubre nada, porque todo está visitado y conocido. Ni tan siquiera se puede dar una nota nueva de usos, costumbres y civilizaciones; ni menos nuestro D. David había de pretenderlo de ciudad que se halla á pocas millas de nosotros. Pero si países y cosas, descritos objetivamente, no ofrecen novedad, tienen según el sujeto que los contempla, que con ellos se identifica y que nos da su propia visión, aspectos siempre nuevos é interesantes.

Cada cerebro elabora, como si dijéramos, la realidad á su manera, al recibir por el poliedro cristalino de sus facetas la luz del mundo exterior. No ven lo mismo el Cementerio de Pisa el sepulturero que cava la fosa, el turista que lo visita indiferente, el huérfano que busca la tumba de su progenitor y el poeta que, como Castelar, sorprende las blancas sombras que se desprenden de sus mármoles y que, inspirado por ellas, escribe aquel magnífico capítulo de sus Recuerdos de Italia.

PRÓLOGO

David Estevan nos ha dado á Orán á través de sí propio; nos ha mostrado un aspecto de su realidad, según sus impresiones sentimentales; como nos ha contado su viaje delicadamente, aun describiendo ese traidor *mal de mer*, que hizo á los más esforzados varones de la comisión tambalearse, pálidos ó lívidos, sobre la cubierta del *Turia*, hasta *cambiar la peseta española en sous franceses*.

Todo está percibido y sentido por el narrador artísticamente, conforme á su idiosincrasia, poéticamente como suele serlo *alicuando*, con un poco de *vis dtica*, natural en su pluma, que hace al lector sonreír; lo que vale más, mucho más literariamente, que hacerle reír del todo.

Así sus páginas, donde se mezcla la relación obligada de los agasajos con las descripciones luminosísimas de lo visto y sentido, se leen agradablemente, y no saben á censura cuando bromean: riesgo difícil de evitar si se mezcla en nuestros escritos algo de chiste ó mueca de nuestra musa retozona. Como en David no hay intención punzante, como todo lo ve bien y lo aplaude con sinceridad, el lector podrá sonreír; pero no se contamina de malicia alguna, y su sonrisa es sólo un deleite producido por la narración naturalísima de la crónica. Tal sucede con el capítulo «La Recepción», donde los señores de la comisión aparecen «con las caras amarillentas, los cuerpos rendidos de cansancio, los ojos apagados por el insomnio; cuellos, puños y pecheras medianamente arrugados,

PRÓLOGO

después de la trágica odisea sufrida á bordo; sencillamente por no haberse prevenido, llevando fuera de la maleta trajes de frac y camisas limpias.

David lo halla todo bien porque es un optimista, un hombre inclinado á amar y admirar. El mismo nos lo declara en su donosa autobiografía, que precede á la crónica de su excursión. «Jamás—dice—he sido envidioso; no he sentido nunca la tristeza del bien ajeno.» Se alegra de toda extraña alegría, y «si hay banquete para celebrar el suceso, se inscribe y brinda, poniendo en sus palabras todos los entusiasmos de su espíritu, inclinado como pocos al amor y á la indulgencia».

La luz que pase á través de esta vidriera policroma de su alma, por fuerza ha de dar destellos óptimos, sonrientes y vivaces, y así resultan sus escritos llenos siempre como ahora de entusiasmo, admirativos hasta la efusión, cariñosos hasta lo entrañable, y cuando pudieran ser severos y acusadores, como en aquella sorpresa del *Liceo*, donde, por símbolos de España, vieron los comisionados, en la clase de idioma castellano, *un torero y un cartel de toros*, acabada la impresión nerviosa del patriotismo, que pudo en otro obscurecer las demás sensaciones y trabar el lenguaje de las alabanzas, todavía nuestro amigo declara que «la visita á aquel centro docente fué una gratísima correría» y que «discurriendo por los amplios patios, veía, cerrando los ojos, la escalinata del Instituto de Toledo, las columnas salomóni-

PRÓLOGO

cas de la Universidad de Granada, y también su infancia y su juventud».

¡Cerrando los ojos! Así es como ve David, y como yo también veo, y como se ve mejor ciertamente. El que los abre demasiado para cerciorarse de la verdad, podrá llegar á ser un enfadoso hombre de ciencia, jamás un artista. Cerrando los ojos es como vieron Fidiás su prototipo de diosa carnal, Buonarotti su Capilla Sixtina, Dante su Infierno, Milton su Paraíso Perdido. Más cerrados los ojos que éste, que era ciego, pocos tuvieronlos, y ninguno escribió con tal esplendor y clarividencia.

Pero no exageremos, ni la hipérbole nos arrastre. Quiero decir solamente que todos ponemos un poco de nosotros mismos en la realidad de las cosas externas, al percibir las, y un mucho al reproducirlas á pluma, buril ó pincel; sin que quepa suponer, como cualquier discípulo de Fichte, que la realidad la creamos enteramente; que todos los días hacemos la luz al despertarnos, y el mundo al asomarnos á la ventana. Así David tampoco nos ha dado una visión puramente subjetiva y engañadora de la ciudad francesa, sino una traducción libre de sus excelencias innegables, hecha con la poesía de su prosa, pero basada *en la poesía del texto*.

Mientras tanto se hablaba de enemigas entre Francia y España con motivo de Marruecos, la visita de la comisión almeriense, los honores que se la dispensaron, la fraternidad cordialísima que reinó en aquellos días descritos por Da-

PRÓLOGO

vid Estevan, las alternadas notas de los sendos himnos nacionales, el entusiasmo popular, las jiras, los banquetes, los discursos y hasta los besos sonoramente estampados en las mejillas de nuestro alcalde, fueron de una oportunidad maravillosa, para alejar recelos y demostrar que los dos pueblos allí compenetrados son enemigos de discordias, se reconocen como hermanos y desean vivir en la paz y el amor.

Yo visité, por primera vez, la noble Francia, en 1874, siendo adolescente. Confieso que, al pisar tierra francesa, no encontré ningún signo trazado por la mano del Hacedor que dijera: «Esta no es tu patria.» El aire embalsamado de las montañas era el mismo allí que en las Vascongadas, el sol del Mediodía francés era nuestro sol, y los abruptos Pirineos, lejos de parecerme una barrera que separase á dos naciones, se me presentaron como cadena de admirables eslabones que las unían estrechamente.

Tal cariño cobré desde entonces á ese país, que donde veo un destello de su luz, donde oigo un acento de su lengua, allí está mi alma para sentir, para recordar, para amar como antaño; y por eso las crónicas de David, respondan ó no á una subjetividad de su espíritu, me han deleitado y he aceptado sin merecimientos, pero sin vacilación, anteponer á su libro unos cuantos desaliñados renglones.

Podrá David haber fantaseado, aunque él se cree naturalista en arte, como se cree aristotélico en filosofía, cuando es un platónico; pero ¿no dieron pábulo á ello, como á mí en otros

PRÓLOGO

días y lugares, aquellas afecciones, aquellos abrazos, aquellos banquetes, aquella ciudad vestida de gala y aquella *politesse* admirable de un pueblo cultísimo, entusiasta y amigo, que se deshizo en obsequios con la comisión almeriense?

Como grano de oro encontrado entre esta polvareda de festivales, David nos habla de Mad. Maraval: una dama oranesa, casada con un noble caballero de Toulouse. Es joven, es bella, es rubia y es poetisa, y, requerido á dejarle un pensamiento, trázale en el *carpet* del *menu* una linda quintilla. Langle también, el escritor más pulido de Almería, le envía sus delicados versos: todos vienen encantados de aquella Musa, injerta en escultura fídica.

Yo, al saber que es rubia, nacida bajo el sol africano, reniego ya de la frase de aquel poeta que decía, que «Dios había dado las rubias á los pueblos del Norte para consolarles de la ausencia del sol». En la Argelia hay sol á torrentes y no puede mediar aquel motivo, como no sea que, con previsión exquisita, haya Dios dado también las rubias á los pueblos del Sur, para que no les falte luz en los días nublados. De todos modos, tal como me la describen y como es por sus magníficos versos, donde esté Mad. Maraval no se pondrá el sol ni en el firmamento ni en el espíritu.

No puedo resistir á la tentación, á pesar de de la rapidez de este prólogo, de traducir algunos versos de esa Musa argelina, para aquellos lectores que no puedan saborearlos en su

PRÓLOGO

propio idioma. Abro por cualquier página, miro y encuentro entre sus *Poèmes de la mer et du ciel* el soberbio soneto titulado

EL FARO

Grave, sobre las olas levanta su blancura,
ante el azul camino, donde le roza leve
la caricia de un ala, con su ideal frescura,
y del mar la oleada que se rompe y se mueve.

Cuando está en sus furoros la marejada dura,
y asalta á los esquifes perdidos la onda aleve,
su mirar luminoso en la noche fulgura,
marca tierra y escollos al que á bogar se atreve.

Nada apaga su fuerza, ni su luz rutilante;
permanece insensible á la tormenta fiera,
al morder de los vientos, bajo el cielo tonante,
y la espuma, que á veces va á nevar su cimera,
le da la semejanza de un Neptuno gigante
señalando al marino la anhelada ribera.

Así es, con las pérdidas necesarias en la traducción, la *vis poética* de Mad. Maraval. Al leer sus estrofas viriles hay que decir de ella lo que Quintana en cierta ocasión de nuestra Gertrudis Gómez de Avellaneda: «¡Qué demonio de hombre es esta mujer!»

Si David no nos hubiera traído de su excursión otro hallazgo, ya estaría bastante recompensado, y tendríamos suficiente motivo para congratularnos de su viaje. Los *Poèmes algériens*, son el alma de aquel pedazo de tierra africana, ennoblecida por la cultura europea. Francia, que cuenta con pocas poetisas, debe enorgullecerse de tener en su colonia una madame Maraval.

PRÓLOGO

Con su nombre cerraría este prólogo, como con llave de diamantes; pero no cumpliría como buen almeriense si, al terminar, no tributase mi parabién á nuestro Excmo. Ayuntamiento, que acordó el homenaje rendido por su comisión; á cuantos formaron parte de ese cortejo; á la prensa toda y á los españoles residentes en Orán, que de tal modo significaron su ardiente amor á la patria; pues en cuanto á las autoridades y pueblo francés, que tanta cordialidad nos significaron, y á quienes debemos eterna gratitud, ya se la testimonia, en nombre de todos, David Estevan, con el verbo de sus páginas elocuentes, impregnadas de admiración á aquella ciudad, á sus hombres y á sus mujeres hermosas.

¡Bendita tierra la del Cabo Falcón; la del golfo de costas acantiladas, donde cantan las olas entre las rocas y las escolleras; la de las dulces brisas y olorosos jardines; la que oculta corales bajo sus aguas y descubre en sus noches estrellas espléndidas! Me arrepiento de haber insinuado que David podía exagerar en sus descripciones, al recordar que los romanos, que, con su justeza de expresión, bautizaron á nuestra Almería con el nombre de *Portus Magnus*, admirados de la luz y de los encantos de la costa africana, llamaron á la rada de Orán *Portus Divinus*.

ANTONIO LEDESMA

■■■■■■■■■■

AUTOBIOGRAFÍA

MI VIDA Y MILAGROS

Por razón de nacimiento, soy segoviano. Nací en Sepúlveda, una modesta villa castellana, cuya pobre historia no tiene otra nota de celebridad que el famoso Fuero otorgado por Alfonso VI en 1076. Mi nacimiento, meramente circunstancial, al que siguió una residencia, que no se extiende más allá de los primeros meses de mi vida, no constituye ciertamente un vínculo poderoso, que ligue aquella noble tierra á mi modesto nombre.

En realidad, soy almeriense, soy

un almeriense más. No lo digo con la huera y efímera cortesía, con que lo he oído decir en brindis y discursos á los políticos de fuera, que buscaron aquí un acta ó varias actas. Lo digo con la misma honrada sinceridad, que si fuera *realmente* un castellano viejo. Lo digo porque así lo siento, inspirado por el amor y la gratitud.

Soy almeriense. En Almería vivo, desde que *esto es vivir*, desde que pienso, desde que soy hombre. En Almería he recibido noble y generosa hospitalidad: le debo, como he dicho, amor y gratitud, despierta en mi espíritu ilusiones y esperanzas, y es, por todo esto, mi verdadera patria. Sobre la tierra almeriense han dado mis hijos los primeros pasos: en las entrañas de la tierra almeriense, piadosamente abiertas para recoger sus

despojos, duermen el eterno sueño seres predilectos de mi corazón. Estos sí son vínculos poderosos y perdurables.

Antes de venir á Almería, me inspiraba este pueblo un recuerdo grato. Estudiaba yo Derecho en la ciudad de Granada, allá por el año de 89. Una mañana llegué con otro compañero, para asistir á la clase de Político. En el gran patio de aquella escuela nos encontramos al simpático, queridísimo y malogrado Pepe Meca.

—Tomad—nos dijo entregándonos unos papeles—. Este es un nuevo periódico literario, que ha empezado á publicarse en mi pueblo. Puesto que sois aficionados, es preciso que os suscribáis y que colaboréis.

—Hombre—contesté yo, que para hablar le he tomado siempre la delantera á mis compañeros—¿cómo

nos hemos de suscribir si estamos en la indigencia? ¿Cómo hemos de colaborar si no sabemos palote?

—Ya está dicho: hay que suscribirse y mandar algo—. Y nos entregó el primer número de *La Ola*, semanario que dirigía el mismo ilustre periodista que hoy dirige *El Radical*, Pepe Jesús García.

A los pocos días le entregamos nuestros primeros frutos. Mi compañero, un soneto malísimo *A Zaragoza*; yo un artículo detestable, aunque muy enfático, que se titulaba *Un sueño*, y que tuve la precaución de dedicar á un tío mío, segoviano *auténtico*, con el noble fin de que pagara la suscripción.

A la semana siguiente me leyó Meca una carta de Pepe Jesús. El soneto—decía el Director—es *intransitable*: el artículo de Daniel se pu-

blica mañana. Gran satisfacción para mí, pero gran contrariedad al mismo tiempo. A mi espantosa vanidad de principiante le seducía mucho la publicación; pero me estropeaba el pasodoble aquel error en la manera de escribir mi nombre. No había tiempo de rectificar: si *me firmaban* Daniel ¡adiós mi gloria de publicista y la propina de mi tío!

Pero al siguiente día llegó el periódico, y al pie del artículo estaba mi nombre, el auténtico, exento de todo error; y unos días después la carta del tío segoviano, con un billete de cincuenta pesetas. Ha sido el único trabajo literario que me ha dado dinero.

Tres años después, en 1892, vine yo á vivir á Almería. Corría el verano: el Círculo Literario anunció un certamen artístico, uno de cuyos temas

era un cuento en prosa. Con todo sigilo envié yo uno, titulado *Queta*, que no me parecía malo. El Jurado le concedió el premio; pero... ¡nunca lo hubiera hecho! Llegó la velada: Fernández Palacios leyó el artículo, y ¡nada, ni un solo aplauso, ni uno sólo por cortesía! Aquello se llamó *la conspiración del silencio*.

¡Cómo pusieron al Jurado! Había procedido con parcialidad, con ignorancia, casi con estupidez. ¡Cómo pusieron al cuento! Era malísimo, insustancial y además muy verde: había sido audacia imperdonable leerlo delante de señoras. ¡Cómo me pusieron á mí! Y lo más gracioso fué que todo esto lo oía yo decir en los grupos: como nadie me conocía, nadie se recataba para hablar así, en mi presencia. Recuerdo que D. José Rocafull era de los más indignados.

A los pocos días, *Perico el de los Palotes* dijo horrores del Jurado; del cuento y de mí, en un periódico que se titulaba *La República*. Yo era un prosista ramplón y ripioso, y mi *Queta* no era tal queta, ni siquiera una chaqueta: era un chaleco de la peor especie. Quien merecía el premio era Felices Andújar, otro amigo malogrado; yo, no, yo era un infeliz, incapaz de sacramentos. Así hablaba de mí el hombre á quien debía la publicación de mi primer artículo. No sé si tenía ó no razón, porque no conservo el cuento, como no guardo nada de lo que he escrito y publicado; lo que sé es que ni á él ni á Rocafull les guardé rencor por aquella paliza: al contrario, bien pronto pagué sus rigores con mi simpatía.

Mi primer trabajo literario de alguna importancia, fué una memoria

sobre «El naturalismo en la novela», que escribí allá por el año de 1894, á instancias del Círculo Literario, en donde fué discutida durante aquel curso. No era una gran obra; pero tenía el mérito de haber sido escrita en brevísimos días, y de abarcar todo el problema que en ella se estudiaba: desde los orígenes deterministas, planteados por Claudio Bernard, hasta las últimas consecuencias, acogidas en las novelas francesas y españolas, especialmente en las de Zola.

Como había sido un estudiante aprovechado, de los que obtienen por cargas las notas de sobresaliente y las matrículas de honor, deseaba vivamente cumplir los 21 años para ejercer la abogacía. Me forjaba las ilusiones de todos los principiantes: ganar gloria y dinero, defender cuantiosos intereses, gravemente compro-

metidos en laberínticas contiendas, que yo iluminaría con la luz de mi talento y desenvolvería con el primoroso verbo de mi elocuencia, que seguramente había de maravillar á los jueces.

Por fin, el 31 de Julio de 1893, informé por vez primera. Fué ante el Jurado, en defensa de un reo de muerte, que me *endosó* Pepe Roda, con el noble deseo de que obtuviera notoriedad y lucimiento. Y los obtuve. Libré á aquel desdichado del patíbulo, y conseguí para mí un aplauso ruidoso de la prensa y de los profesionales. De esto escapé mejor que del dichoso certamen del Círculo Literario.

Pero no he hecho gran cosa en el ejercicio de la profesión. Creo que sé cómo se defienden los pleitos, por lo menos los sencillos, que son la mayoría; pero ignoro otras cosas, que

es preciso saber tan bien ó mejor que el Derecho, y que no se aprenden ganando matrículas de honor. Una de las cosas que no he aprendido todavía, es á cobrar mis honorarios. Habrá quien me gane á defender negocios, pero á no cobrarlos, no hay quien me supere. Soy especialista en lo *gratuito*. Y por cierto que me lo han agradecido muy poco. Somos tan groseros de espíritu, que estimamos más al que nos presta cinco duros al 15 por 100, que al que gratuitamente nos defiende un pleito complicado, ó nos cura al hijo enfermo, ó nos levanta un plano de la finca favorita.

Quizás tuviera razón mi catedrático de Derecho Procesal, cuando, al despedirnos el último día de clase, nos decía: «Dentro de dos semanas serán ustedes abogados: permítanme que les haga dos advertencias, que

les serán útiles en el ejercicio de su profesión: primera, cuando vean ustedes entrar en el despacho á un litigante que lleva un Código en la mano, mírenle ustedes con el mismo terror que si llevara una escopeta; segunda, cuando alguien les pida que le deflendan *por Dios*, niéguese, por María Santísima.»

Fuí pasante de D. Miguel García López, uno de los hombres más buenos, más honrados y más trabajadores que he tratado en mi vida. A los dos años de aprendizaje en su despacho, con su hijo Paco, que si no aventaja, iguala al padre en todas sus nobles cualidades, me dijo D. Miguel una mañana:

—Vea usted á González Canet: tiene que darle unos papeles.

Ocurría esto el 1.º de Septiembre del 95. El Sr. González Canet me en-

tregó la credencial de oficial del Gobierno civil, que D. Miguel le pidió para mí, sin previa consulta, ni alardes de protección. Así fuí yo político; no pude elegir partido: me hicieron conservador canovista, de real orden.

Y ahora va lo bueno: el 4 de Septiembre tomé posesión de mi cargo; el día 6, después de una escena casi dantesca entre el gobernador Gálvez y un secretario, muy listo por cierto, que se llamaba Torres, cesó éste en la Secretaría, y me encargué yo de ésta interinamente. Esto de las Secretarías es en mí una especie de sino. Cuando tenía quince años, me eligieron para la del Ateneo del Colegio de Santiago, de Granada. Desde entonces no me he visto libre de un par de ellas. Soy ó he sido secretario de dicho Ateneo, de la Academia Grana-

dina de Jurisprudencia; y en Almería, de la sociedad «Rafael Calvo», del Liceo, de las Conferencias de San Vicente de Paúl, del Círculo Literario, del Ayuntamiento, del Colegio de Abogados y... de la sociedad de concursos hípicas.

Cuando me eligieron para esta última, me pasmé: estaba en el campo y vine inmediatamente á Almería, á pedir explicaciones de aquello. ¡Secretario de una sociedad de concursos hípicas, un hombre incapaz de distinguir un caballo de carreras de un rocín de carga; un hombre que no ha montado mas que en burro, entre dos capachos! Pues vine, hablé con el cultísimo D. Bernabé Gómez, presidente de la sociedad, le canté mi canción de excusas, y me dijo muy serio:

—Bueno; todo eso no tiene importancia: usted es nuestro secretario,

no hay otro, no puede haberlo: es usted insustituible.

Me quedé maravillado, y todavía no me he convencido de si aquello era el colmo de la bondad ó el colmo del pitoreo.

En 1897 me nombraron secretario del Ayuntamiento, por noble iniciativa de Pepe Jiménez (un gran corazón, digan lo que quieran cuatro envidiosos). De todas mis Secretarías, esta del Ayuntamiento es mi predilecta; y no precisamente por el especial encanto de sus funciones, sino por aquella razón suprema que el pintor Díaz Molina alegaba, para explicar otras predilecciones suyas: el pan nuestro de cada día.

Yo tengo un libro del eximio poeta Pepe Durbán, y en la primera página aparecen manuscritos por el autor estos renglones: «Á David Estevan,

poeta, aunque secretario del Ayuntamiento.» De esta manera expresaba aquel ingenio toda la espantosa distancia, que hay que recorrer, para ir desde el campo de la poesía á la dirección de una oficina municipal. Pues bien: yo soy poeta, es decir, versificador, rimador, escritor de versos, porque poeta, quiero ser sincero, no puedo llamarme. Me falta ¡casi nada! inspiración, es decir, poesía.

Pero una vez escribí unos versos; Paco Aquino y Miguel Jiménez los leyeron, los alabaron, los hicieron publicar en *El Ferrocarril*, de Ramos Oller, y me aseguraron que eran versos «de verdad» y que yo era poeta; y desde entonces, me he considerado obligado á actuar como tal artista, y por esos abanicos de Dios y por esos periódicos del mundo, andan algunas medianas muestras de mi po-

bre inspiración. No he abusado del estro: he sido un usuario prudente, sobrio, moderado. Eso han ganado las musas: pocas veces las he llamado en mi auxilio.

Esto va haciéndose pesado: diré cuatro palabras de mis ideas fundamentales y de los rasgos más salientes de mi carácter. Soy católico en Religión; aristotélico, en Filosofía; ecléctico, en Derecho; en Arte, naturalista, especialmente en la novela, pero romántico en poesía. Me retiré de la política activa en 1905: en sentido puramente especulativo, soy partidario de la monarquía parlamentaria. Soy también individualista rabioso, proteccionista y... corto de cuerpo, largo de palabra y reincidente en el matrimonio.

Jamás he sido envidioso: no he sentido nunca la tristeza del bien ajeno.

Cuando un amigo mío alcanza un triunfo en cualquier esfera, ó logra una ventaja lícita en cualquier negocio, me alegro con todo el corazón. Lo mismo cuando Pepe Jesús es elegido diputado á Cortes, que cuando Ledesma obtiene la quincuagésima flor natural, que cuando Langle alcanza un ruidoso triunfo forense, y Aquino vence en un certamen, y Díaz pinta y cobra un nuevo cuadro, y Pepe Burgos publica un libro y logra un éxito, y Cervantes llega joven, casi niño, á la Dirección de las Obras del Puerto, y el otro á la Alcaldía, y el de más allá al cargo pingüe ó brillante, yo siento una grande y sincera alegría; y si hay banquete para celebrar el suceso, me inscribo el primero y brindo en honor del festejado, poniendo en mis palabras todos los entusiasmos de mi espíritu, inclinado,

como pocos, al amor y á la indulgencia.

Puedo afirmar—para concluir—que jamás he causado á nadie—amigo, enemigo ó indiferente—el daño más leve, ni he guardado rencor á los pocos que me han agraviado por maldad y á veces con ingratitud. Cuando comparezca ante el Supremo Juezador de los hombres, podré decirle, como síntesis de mi vida:

¡Señor! Yo no he derramado grandes beneficios sobre mi prójimo, ó porque no os dignasteis concederme aptitudes adecuadas, ó porque yo no supe aplicarlas debidamente, ó porque el pecado de la pereza enervó mis buenos propósitos. Pero tampoco he causado daño á nadie, ni siquiera á mis enemigos, á los que he perdonado siempre los agravios, de todo corazón. Esta conducta generosa in-

ALLENDE EL MAR

voco para obtener vuestra divina gracia.

Y esperaré tranquilo el fallo supremo.



I.—TESTIMONIO DE GRATITUD

I.—TESTIMONIO DE GRATITUD

Nobleza obliga. *La Crónica Meridional* se sirvió honrarme en días pasados, confiando á mi modesta persona la representación de la prensa almeriense, en las fiestas de Orán, á las que habían de asistir, por invitación de aquel Ayuntamiento, una delegación del de Almería, otra de las clases mercantiles de esta ciudad, y otra, en fin, de la prensa periódica; y yo tengo ahora el deber de corresponder á la atención recibida, describiendo en las columnas de mi poderdante, los más salientes sucesos de la

seductora é inolvidable excursión que acabamos de realizar.

Pero antes de iniciar esa labor descriptiva (y con esto traduzco el parecer y el sentimiento de todos mis compañeros de viaje) es un deber ineludible, á la par que gratísimo, rendir, ante todo y sobre todo, con frases nacidas de lo más íntimo del corazón, con palabras inspiradas en los más altos sentimientos del espíritu, rendir, repito, un amplio, generoso, espléndido testimonio de gratitud y reconocimiento, suscribir un mensaje de gracias, pagar, si ello fuera posible, la inmensa deuda de atenciones y de afectos que hemos contraído con nuestros vecinos de la Argelia.

No es posible, no, ni aun retorciendo y agotando todas las frases de gratitud de nuestro rico léxico, ni aun

consumiendo toda la infinita variedad de adjetivos encomiásticos del habla castellana, enaltecer en el grado que merecen y testimoniar en la proporción que es debida, la serie interminable de atenciones, honores, solicitudes y afectos, que hemos recibido en la ciudad de Orán; ni mucho menos expresar en forma adecuada la gratitud y el reconocimiento de que todos venimos embargados. Desde el alcalde de Orán, caballero eximio, ciudadano respetable, dignísimo Oficial de la Legión de Honor y auténtico representante de aquel pueblo hidalgo, hasta el más modesto vecino de la ciudad argelina, han de ser siempre para nosotros un recuerdo de honor inolvidable, una íntima y profunda simpatía, un afecto fraternal.

Parodiando la frase de uno de nues-

tros más elocuentes oradores, podríamos decir, al pisar de nuevo la tierra almeriense: Todos los aplausos y todos los honores que hemos recibido en Orán, los convertimos en flores, por un esfuerzo de la imaginación; regamos esas flores con las lágrimas de nuestra gratitud, las damos un beso de amor, y las arrojamos, como la más preciada ofrenda de reconocimiento y fraternidad, á los pies del alcalde de Orán, que es como arrojarnos á los pies de todos los vecinos de la villa.

Ahora, personalizando estos sentimientos de honda gratitud, obligada por tantas y tan expresivas manifestaciones de afecto, hay que citar, como especialmente merecedores de nuestro agradecimiento, á Mr. Colombani, alcalde de Orán; á sus adjuntos los señores concejales Oliva, Bearllie-

re y Niviers; al cónsul de España en la ciudad argelina, D. Carlos S. de Tejada y á su noble y bellísima esposa; al comité ejecutivo de las fiestas, y más en particular al vicepresidente monsieur Siégel, al secretario general, Bourgeat y al secretario adjunto, Kalfon Pimienta; á la Cámara de Comercio española y á su ilustre presidente, Mr. Vives Valero; á la noble familia de los Sres. Bastos, cuya opulencia, con ser inmensa, no es mayor que su españolismo y su laboriosidad; á Jaime Valero, el hombre activo, simpático y cariñoso, que ha sido para los españoles amparo y dirección, compañía permanente y honrosa, y un amigo de los que inspiran y merecen los afectos más dulces, y las simpatías más vivas, y los recuerdos más gratos; al Canciller del Consulado, uno de los hombres más listos y

más cariñosos que yo he encontrado en mi vida; y á todos los periodistas, nuestros compañeros del otro lado del mar, y particularmente á los redactores del diario *L'Echo d'Oran*, cronista de nuestro viaje.

Debemos, en fin, consideración respetuosa, al honorable gobernador general de la Argelia, Mr. Lutaud, que ha visitado la ciudad, á la par que nosotros, dirigiéndonos unas frases de simpatía en su discurso de recepción, y al respetable prefecto monsieur Lerebourg, que nos recibió con la más exquisita cordialidad.

No sé si olvido algún nombre, aunque ello sería bien fácil, porque acabamos de regresar del gran pueblo argelino, y estoy rendido de fatiga, después de la espantosa noche que hemos padecido sobre el Mediterraneo; pero el olvidado, cualquiera que

sea, comprendido queda en nuestro general testimonio de gratitud.

Fuimos á Orán, seguros de obtener en aquel pueblo hidalgo y generoso, la galana hospitalidad que era tributo obligado de su cultura: fuimos guiados por una esperanza risueña, impulsados por una simpatía sincera, por una amistad incipiente, pero halagadora. Hemos vuelto rendidos de gratitud, obligados para siempre: la esperanza ha sido pálida ante la realidad; la simpatía ha remontado las más altas cimas del cariño y de la devoción, la amistad se ha convertido en un afecto más dulce y más íntimo: fuimos amigos y hemos vuelto hermanos.

¡Orán, ciudad rica y floreciente; en cuyas playas canta su eterna melancólica canción el mismo mar latino, que en las nuestras extiende sus blan-

cas espumas; pueblo noble, generoso é hidalgo, á cuya hospitalidad espléndida no podremos corresponder nunca sino poniendo todo el corazón, por impulso y guía de nuestra buena voluntad; tierra fecunda y laboriosa, donde, al amparo de las modernas instituciones de tolerancia y de progreso, conviven hombres de todas las razas, en la más cariñosa y simpática fraternidad; ciudad alegre, elegante y moderna, en que el trabajo y la belleza se han dado cita, y mientras aquél logra crear una industria próspera y un comercio espléndido, ésta, reflejada en los rostros adorables y en los cuerpos soberanos de las mujeres argelinas, despierta un sentimiento vivísimo de gentil admiración; plaza de recuerdos históricos y de grandezas pasadas, que evocas en nosotros las augustas figuras de Cis-

ALLENDE EL MAR

neros, Pedro Navarro y el Marqués de Santa Cruz; ciudad inspiradora de las más intensas simpatías, y de los más nobles amores, y de los más gratos recuerdos! ¡Bendita seas! ¡Bendita seas mil veces!



II.—Á BORDO DEL "TURIA"

II.—Á BORDO DEL «TURIA»

Adiós. El barco empieza á deslizar su inmensa mole sobre las reposadas aguas de la bahía, que reflejan como puntos de plata, las luces del puerto y de la embarcación. Percíbense, en confusión alegre, los ecos de las últimas manifestaciones de los que desde el muelle nos despiden, con los tonos vibrantes de la música, que contesta á los de tierra con las notas alegres de un pasodoble callejero. La ciudad se ve todavía; un millar de luces, que poco á poco van convirtiéndose en un

resplandor, afirma la existencia de un pueblo grande. El viaje empieza.

Al llegar el barco frente al morro del dique de Levante, escuchamos las últimas manifestaciones de despedida: gritos y aplausos, vivas á España y á Francia, á Orán y á Almería; la música entona un nuevo y brillante pasodoble; el último acorde parece cortar el vínculo que nos liga con la tierra almeriense. Hay un gran silencio: todos, de pie, sobre la cubierta, miramos amorosamente la ciudad. Nótase cierto aire de tristeza: vamos, es cierto, á recibir un gran homenaje de simpatía, á visitar un gran pueblo; pero es inevitable, y además de inevitable, honrado, sentir un poco de tristeza al abandonar el suelo de la patria, aunque sea por breves momentos. Adiós, Almería, tierra bendita de nuestros amores: hasta luego.

Sobre la cubierta adviértense todas esas idas y venidas, marchas y contramarchas, grupos y paseos, que son propios de la iniciación de un viaje por mar. Empezamos á advertir la presencia de varios almerienses que nos acompañan. Los músicos pasan á su departamento, para cambiarse los uniformes; los delegados oficiales del Ayuntamiento, del comercio y de la prensa, formamos tertulia con los oficiales del buque y escuchamos sus vaticinios sobre el tiempo, sobre el estado del mar, sobre la hora probable de la llegada á las costas argelinas. Varios amigos nuestros, Andrés Guilliano, Rodríguez López, Aguilera, Guirado y otros, se ven acá y allá, asomados á las bandas, mirando el abismo. En lo más alto de la popa, junto al mástil de la bandera, de pie y con la cabeza desnuda, Dario, el

formidable Dario, oficial primero de la Secretaría del Gobierno civil, se destaca arrogante, inmóvil, como si para él no existieran los movimientos y los ruidos que ya empiezan á notarse á bordo.

Junto á la puerta de la cámara, el concejal Rodríguez López y su dependiente Rafael Guirado, envueltos ambos en amplias blusas que cubren sus cuerpos, reparten, alegres y solícitos, varios limones entre los viajeros: nos entregan los frutos, de un vivo amarillo, con cierto aire de graciosa y amable protección. Quieren evitarnos el mareo, ese espantoso y terrible acompañante de los viajeros inexpertos ó débiles. Yo, que soy primerizo en lances de mar, recojo dos de aquellos preciosos donativos, seguro de que, en plazo muy breve, han de reportarme una gran utilidad.

Pero una señora, que cerca de mí ocupa una butaca, me pide uno, con la faz un poco desencajada. Parece que se va complicando todo esto: yo me felicito, sin embargo, de no haber sido la primera víctima.

Infíciase una tertulia alegre y animada: de ella forma parte Rosita Rodríguez Batiste, una chica monísima que acompaña en la expedición á su simpático papá, el gran Alfredo, que ha viajado mucho por mar, y nos anima á Moreno Nieto y á mí, ofreciéndonos, en nombre de su experiencia marina, que no hemos de marcarnos. Pérez Márquez, mi compañero de periodismo y amigo queridísimo, que ha hecho largos viajes marinos, nos presta el mismo consuelo. Langle y Pérez Cordero, á su vez, nos brindan análoga protección; Rodríguez López y Guirado vienen con nueva remesa

de limones; nosotros, las dos posibles víctimas, no sabemos cómo agradecer tantas solicitudes y cariños.

De repente, con la rapidez de un proyectil, pasa una sombra blanca, desde la puerta de la cámara á la banda vecina: vacilante y agitadísima, se agarra con violenta crispación á las barandas y... la mar azul, rizada por las blancas espumas de las olas, recibe el primer regalo de un estómago agradecido á los dulces y encantadores movimientos de sus aguas. Pero ¡es para pasmarse! la víctima es Guirado, el animoso Guirado, el espléndido repartidor de los limones! ¿Qué va á ser de nosotros—le digo aterrado á Juan Moreno—cuando los más bravos flaquean? Pero antes de contestarme mi compañero de novatada, Rodríguez López, el propio Rodríguez, el heroico y afortunado Ro-

dríguez, el humorístico iniciador del reparto de los ácidos, entona un dúo vigoroso, espléndido, al lado de su dependiente. A los pocos instantes, la señora que me pidió el limón forma terceto con aquellas víctimas, y una ráfaga de terror parece como que envuelve á todos los espíritus y nos hace olvidar las delicias del viaje, para pensar con espanto en la escena de desolación que estamos presenciando.

Indudablemente, hay apellidos fatídicos: este de Rodríguez debe ser desdichado en lances de mar. Cuando Andrés empieza á descansar, conservando en su semblante las huellas de la muerte, Alfredo, lívido, descompuesto, también cadavérico, inicia un diálogo con el mar. Cada uno brama á su manera: el coloso, rizando sus espumas blancas sobre el vivo

verde de su superficie; la víctima, aumentando el caudal de las aguas á costa de los jugos de su estómago. Pérez Cordero ayuda á su colega de Concejo en esta noble empresa de pagar al mar la deuda que sus graciosos movimientos nos han hecho contraer; y Langle, reposado y tranquilo sobre un asiento de la cámara, imita á sus compañeros en esa noble conducta, mientras el honorable alcalde presidente, recuerda en su camarote, lujoso y espléndido, los alegres días de la infancia lejana, mirando á sus pies las papillas con que la celosa nodriza ayudaba á la alimentación del futuro caballero de la ínclita Orden de Isabel la Católica.

Yo miro á Juan Moreno y me miro á mí mismo con espanto: presumo lo que va á ser de nosotros, cuando nos toque la nuestra, viendo á los exper-

tos y animosos compañeros al borde de la desesperación; y aterrado por aquel cuadro de horrores, dejo á mi futuro colega de infortunio sobre la cubierta, en que fraternizan concejales, comerciantes y músicos, cantando, sin cesar, la horrible canción del mareo, y me voy á mi camarote, resignado á mi futura suerte y seguro de la trágica aventura que me espera.

Pero al abrir la puerta de mi camarote, una sombra blanca cae con estrépito de una de las altas literas, y un hombre en paños menores, mal ocultos por un abrigo de paseo, surge ante mis ojos, me empuja y sale, con veloz carrera, á la cámara. A la luz de ésta, descubro en el fugitivo á mi simpático compañero Pérez Márquez, que, apoyado en el respaldo de una butaca, agoniza, entre horribles con-

vulsiones. ¿No ha estado usted en Méjico?—le pregunto, asombrado de ver, en tan extraña guisa, á marino tan experimentado—. Pero él no me oye, se muere. Yo me acuesto: á mi lado roncan apaciblemente González Egea y el dueño de la perfumería inglesa, Guilliano, tan buen mozo como siempre. También yo duermo como un justo.

La luz del sol, filtrándose por la redonda ventana del camarote, nos despierta á todos. González Egea y yo subimos á cubierta. Fructuoso descanso, al fin, de la noche toledana. Langle, en la cámara, sigue aún bajo el efecto horrible del mareo; Pérez Molinero, comisionado del comercio, y Sánchez Puertas, empleado en mi oficina, están á su lado, con las huellas horribles de una noche trágica. Alfredo Rodríguez sigue como al em-

pezar el viaje: lleva diez horas en la misma ocupación. En la cubierta los músicos y los dependientes de la Alcaldía comentan, regocijados, los incidentes de la noche espantosa. Juan Moreno y yo, los novatos, los inexpertos, nos hemos salvado. ¡Qué honor para la familia!

Son las ocho de la mañana: un sol espléndido, de verano, alumbra el mar y la costa argelina, ya próxima y visible. Estamos cerca del puerto de Orán. Varias embarcaciones adornadas con banderas de la patria española y de la nación francesa, rodean el *Turia*. Óyense aplausos, y se percibe á lo lejos el rumor de una gran muchedumbre y de un gran pueblo madrugador y alegre, como todos los pueblos trabajadores.

A la derecha, se descubre el Cabo Falcon, con su gentil torrecilla anun-

ciadora; á la izquierda, la mole de la gran ciudad oranesa, tendida en escalera, en las faldas de una montaña, en cuyas últimas estribaciones se ven, alegres, verdes, sonrientes de sol, los espléndidos jardines del paseo de Letang, con sus altas, flexibles y graciosas palmeras. Debajo del paseo, está el muelle, conteniendo una inmensa muchedumbre, entre la que se advierten brillantes uniformes, alegres *toiletas* femeninas, estandartes y banderas, músicas, coches, una variedad encantadora, alumbrada por el vivo sol africano.

Óyense los primeros acordes de la marcha real española: se descubren todas las cabezas, se agitan los pañuelos, suenan aplausos ensordecedores y entusiastas. Un grito de ¡viva España! lanzado por alguna garganta de gigante, rasga el aire; al grito

ALLENDE EL MAR

acompaña un aplauso clamoroso, inmenso, entusiasta de la multitud apiñada en el muelle y en las embarcaciones que nos rodean. Los vivas no se interrumpen ya, los aplausos no cesan, las aclamaciones son cada vez más entusiastas. Estamos en Orán. ¡Viva Francia! ¡Viva Orán! ¡Viva Almería! Inolvidable momento de emoción: algunos lloran. Ya nadie se acuerda de la tragedia de Rodríguez Burgos.





ORÁN.-EL PUERTO

III.—LA RECEPCIÓN

III.—LA RECEPCIÓN

De pie, sobre la cubierta del buque, asomados á las barandas, con las cabezas desnudas y el espíritu agitado por una dulce emoción de patriotismo y de gratitud, escuchamos las notas alegres y vibrantes de nuestro himno nacional, que interpretan las bandas argelinas, y que á veces se apagan entre los vivas clamorosos á España, aclamada con entusiasmo ferviente por millares de hombres, que así, enalteciendo el nombre glorioso de la patria, nos quieren ofrecer el más preciado homenaje de

bienvenida y el saludo más cortés y seductor. Es un instante de gran solemnidad y de hondísima y palpitante emoción. Los gritos de entusiasmo salvan, borrándola, la escasa distancia que de la tierra oranesa nos separa.

No es ya sólo en las embarcaciones cercanas y en los muelles, donde se ve la muchedumbre, que tan amorosamente nos recibe y nos aclama. En todas partes, aun en sitios lejanos, se descubren apiñados grupos, entre los que se advierten muchas mujeres, que han querido, sin duda, hacer más encantadora nuestra recepción. Allá arriba, en las floridas y verdosas lejanías del paseo de Letang, una gran multitud agita en el aire los pañuelos, saludándonos: las azoteas de muchas casas cercanas al muelle, ofrecen el mismo pintoresco y agradable espec-

táculo. Pérez Cordero, Langle y yo, comentamos con singular regocijo aquella hermosa apoteosis de la patria española, y aquella muestra gentil de simpatía á nuestra oficial y honrosa representación.

Las maniobras de arribada del barco han terminado. Un caballero, vestido con la severa levita negra, nos pregunta por el alcalde. Le indicamos la persona que busca, y después de saludar al Sr. Moreno, con las muestras de la más exquisita cortesía, le dice: Señor alcalde, el canciller del Consulado español tiene el honor de anunciaros, que el señor cónsul subirá en seguida para saludar á los comisionados y presentarlos al señor alcalde de Orán, el cual se encargará, á su vez, de las presentaciones sucesivas. Este es el plan que hemos convenido.

Pocos instantes después, el cónsul de España, Sr. Sáez de Tejada, nos saluda: simultáneamente, nuestros simpáticos amigos Bastos y Valero nos abrazan efusivamente y nos preguntan, con solícito interés, por los incidentes de la travesía. Yo miro furtivamente á Rodríguez Burgos, que, envuelto en un gran abrigo, parece un cadáver, que por gracia especial se mantiene en pie, para convidar á la gente á su entierro.

Saltamos á tierra: reproducense en aquel instante las aclamaciones que desde el buque recibimos; vuelve á escucharse, vibrante y solemne, nuestro hermoso himno nacional; se repiten los vivas á España y los aplausos y los hurras; en los coches alineados sobre el muelle, muchas señoras, que después sabemos que pertenecen á la colonia española, y entre ellas, la

gentil y bella esposa del cónsul, agitan sus pañuelos, transfiguradas de alegría: ellas participan, sin duda, del entusiasmo que á nosotros nos conmueve, al presenciar aquel homenaje de simpatía á la madre España; y mientras recibimos el honor de saludar al honorable alcalde de Orán y á sus distinguidos colegas de Concejo, y estrechamos las manos de muchos compatriotas, que nos hablan en la patria lengua, nuestra banda de música ejecuta vigorosamente el himno famoso de la libertad, que la inspiración de Roger de L'Isle ha hecho imperecedero, y nosotros entonamos, en honor de Francia, las mismas calurosas y entusiastas aclamaciones que antes hemos recibido.

Por grupos, con arreglo á nuestras categorías oficiales, y en sendos coches, comenzamos la ascensión hacia

el centro de la ciudad: vamos rodeados de muchos amigos y compatriotas, y escoltados por las bandas de música y por los obreros de la sociedad «La protección española», con su magnífico estandarte, que en honor nuestro exhiben por primera vez. Un profesor de nuestra banda conduce en las manos una corona. Es un obsequio de las sociedades artísticas oranesas, que así han querido probar su fraternidad con nuestros artistas.

En el tránsito por las calles apreciamos el general aspecto de la ciudad, inundada por un pueblo alegre y madrugador, como todos los pueblos trabajadores. Las gentes miran con cierta curiosidad la procesión que ofrecemos, la fila de coches, los músicos que nos acompañan, la multitud que nos escolta y que nos sigue. Algún trasnochador curiosease, desde la

ventana á medio abrir, el espectáculo de la calle: alguna dama perezosa, destocada y *deshabillée*, mira sin querer ser vista, á través de los cristales, huyendo el cuerpo á nuestra natural investigación. Unos chicos, marcialmente cuadrados en el último peldaño de una calle en escalera, nos saludan con burlona reverencia y huyen después, rápidos y bulliciosos. El día es magnífico, resplandeciente el sol, viva la luz, cálido el ambiente, animada la expresión de todos los semblantes y risueña la esperanza de todos los espíritus. La naturaleza y la hospitalidad nos invitan generosas á una gran fiesta de amor y de alegría.

La ascensión es lenta, porque el desnivel es enorme, y ya cerca de las once de la mañana llegamos á la espléndida plaza de Armas, en la que,

arrogante y magnífica, levanta sus artísticos muros y ostenta su lujosa arquitectura la casa de la villa. La bandera tricolor, símbolo y emblema de la nación francesa, ondea en el balcón principal del hermoso edificio: un crespón cubre la enseña, significando el luto oficial por la trágica muerte del prestigioso y malogrado Berteaux, ministro de la Guerra de la República.

Ha terminado la recepción popular, y esperamos en el hotel la llegada de los equipajes, para cambiar las modestas ropas de la travesía por las galas de la etiqueta y asistir en guisa de caballeros flamantes al vino de honor, que el señor alcalde de Orán nos ha ofrecido, y que viene á constituir, por decirlo así, la recepción oficial, solemne, en la casa de la villa. Pero los equipajes no llegan, los invitados

al acto esperan largo rato, y cerca del medio día nos resignamos á asistir á la recepción *en tenu de voyage*.

Desde el hotel á la casa de la villa nos espera también una multitud abigarrada y numerosa, que los gendarmes contienen, alineada y correcta, á uno y otro lado de la calle central de la plaza de Armas, por donde transitamos.

No ofrecemos á la curiosidad pública aquella gentil y elegante apostura que nos hubieran prestado los trajes de etiqueta y las insignias oficiales: caminamos, desconocidos y vulgarísimos, envueltos en nuestros sencillos trajes de camino, con las caras amarillentas, los cuerpos rendidos de cansancio, los ojos apagados por el insomnio; cuellos, puños y pecheras, medianamente arrugados, después de la trágica odisea sufrida á bordo.

En la compacta muchedumbre, que nos mira pasar curiosa y un poco descorazonada, por la vulgaridad de nuestro aspecto pueblerino, se ven damas elegantísimas, lujosamente ataviadas, casi ocultos los rostros por los monumentales sombreros de la moda y envueltos los cuerpos airoso y gentiles, en las primorosas confecciones francesas. Juan Moreno, único soltero de la expedición, recrea la vista en la contemplación de las bellezas y elegancias argelinas, y las celebra entusiasmado y expresivo. Los demás, ligados por los vínculos santos y eternos del matrimonio, no nos atrevemos á realizar una contemplación, que aun siendo agradable, no nos es, en cierto modo, permitida. Conste así á todos los espíritus malignos que nos acusan, por esas calles, de admiradores entusiastas de lo ajeno.

Llegamos á la gran escalinata que da acceso al monumental edificio de la Alcaldía: suenan de nuevo los acordes de la marcha real: una sección de soldados, armas al hombro, nos rinde honores; saludamos, con la reverencia obligada, á la bandera francesa, que en el balcón principal del edificio ondea; y subimos la espaciosa y brillante escalera de honor que conduce al vestíbulo, una pieza amplia, severa, alegremente adornada con plantas y flores.

Inmediata á ella está la sala de fiestas, que es un hermoso rectángulo, con el techo en bóveda, de lujosos artesonados. La decoración es magnífica, espléndida, lujosa á la oriental: es un regio escenario, un marco adecuado al brillante cuadro que se ofrece. Todas las autoridades civiles y militares de Orán nos esperan en la

sala: se ven muchos uniformes, se lucen variadas condecoraciones: todos los asistentes visten las galas severas de la etiqueta. Sólo nosotros, por el lamentable retraso de los equipajes, aparecemos con aspecto poco digno de la solemnidad.

Cada uno ocupa su sitio: el alcalde de Orán, que preside la fiesta, tiene á su lado á nuestro alcalde y al cónsul de nuestra nación. Siguen los demás personajes, con arreglo á su categoría: á mi lado luce su brillante y honroso uniforme el oficial mayor de las fuerzas de la plaza.

Sírvese con lujosa esplendidez el *champagne*, el vino generoso y alegre de todas las solemnidades. El alcalde de Orán se levanta y brinda: á la salud de España, á la salud del Rey, á la salud de la familia real, á la salud de Almería y de los huéspe-

des de la villa oranesa. El cónsul de España, el alcalde de Almería y el vicepresidente de nuestra Cámara de Comercio, Rodríguez Burgos, contestan á los brindis con adecuadas frases de cortesía: hurras y aplausos acogen estas manifestaciones de cordialidad.

La recepción oficial ha terminado: por la amplia escalera de honor descendemos ahítos de satisfacción, orgullosos de los honores recibidos. Las fuerzas militares nos rinden los últimos en el zaguán de la casa municipal. Suenan de nuevo los himnos nacionales, y vemos á la misma muchedumbre, que en la plaza de Armas presencia nuestro paso. Juan Moreno mira á todos lados, y afirma que el número y calidad de las bellas es aún mayor que á nuestra llegada.

Acabamos de saludar á los repre-

ALLENDE EL MAR

sentantes oficiales del pueblo, y ahora caminamos entre el pueblo mismo, que en compacta muchedumbre, nos ofrece el más cortés y solemne de todos los homenajes: la presencia en silencio, y el saludo sin palabras. Orán nos ha recibido espléndidamente.



IV.—LA FIESTA INDÍGENA

IV.—LA FIESTA INDÍGENA

El sol no alumbra, que arde;
ciega, no brilla.

Este verso del inmortal poeta de las leyendas viene á mi memoria cuando nos dirigimos al *village negro*, á presenciar la fiesta indígena. No parece sino que el sol ha sido avisado de que va á presidir una fiesta africana, según es la viveza de su luz y la intensidad de su calor. Vamos deslumbrados y próximos á la asfíxia. La naturaleza se pone á tono con la fiesta á que somos invitados. Todo va á ser africano en ella: los perso-

najes, la acción, la música, el calor y la luz.

Llegamos. En la puerta del café, de clásico sabor indígena, nos han preparado asientos, dispuestos en honor de presidencia. Nos acompañan las distinguidas señoras del personal del consulado: la señora de Tejada, dama castellana de suprema elegancia, de la que he de hablar en crónicas sucesivas; la de Jaurrieta, el joven vicecónsul, una navarra muy linda, muy distinguida y muy discreta, á quien, como decía Langle, cuadra á maravilla el poético nombre de Silvia, que es cabalmente su nombre de pila: Silvia Valestena es el tipo clásico de nuestras bellezas del Norte, realzada por las tocas del luto, que lleva con admirable distinción; la señora de Cardona, el canciller del Consulado, es también una dama muy distingui-

da y muy simpática. Como se ve, los elementos europeos de la fiesta son también dignos de la luz de este sol, que con tan brillantes resplandores nos alumbra.

Una extraña y originalísima orquesta, formada por tres instrumentos, semejantes á las gaitas gallegas, y por dos tambores resonantes, entona, á nuestra llegada, la marcha real española, que escuchamos, almerienses y argelinos, de pie y con las cabezas desnudas: los gendarmes y soldados permanecen cuadrados, en actitud de saludo militar, mientras dura la interpretación del himno. Por todas partes se halaga nuestro sentimiento patrio, y se nos guarda esta exquisita cortesía, saludándonos con las solemnes notas del himno nacional.

En la amplia plaza, en forma de

cuadrilátero, los moros forman otro polígono igual, dejando libre un gran espacio de terreno, que ha de servir de escenario para la fiesta. Visten todos el clásico y vistoso ropaje de su raza: el amplio jaique, blanquísimo, de enorme vuelo; los cordones de seda sujetando al cuello la enorme vestidura; el pesado turbante rodeando la cabeza que termina en la barba, negra y rizada. Se ven muchos moros ricos, lujosamente ataviados; muchos chiquillos de la raza, dominando la especie *golfo*, desnudas las piernas, casi desnudo el busto, atezado y endurecido por la acción directa y continua de todas las inclemencias. En muchos se ven extraños tatuajes en los brazos y en el pecho.

Los moros graves observan una actitud prudente, correctísima: sentados en el suelo, oyen la música que

precede á la danza y á los ejercicios de la pólvora; los chiquillos en cambio, inquietos é imprudentes, saltan como cabras, y luchan furiosamente por arrebatarse los primeros puestos de los espectadores. Pero los gendarmes imponen fácilmente su autoridad. Pérez Cordero me hace observar esta ciega obediencia de los chicos moros á la policía. A la presencia de ésta, vuelven sumisos y amedrentados á su actitud pasiva. Los mismos moros viejos ayudan á los agentes de la autoridad, en su misión de mantener el orden en las apretadas filas de los curiosos.

Entre tanto se ha iniciado la fiesta: cinco músicos, dos de ellos negros, ejecutan una tonata de cadencia rítmica, muy monótona, sobre motivos de una sola frase musical, que se repite, con matices varios, sin modifi-

carse esencialmente. Los instrumentos son también muy extraños: no tuve la curiosidad de preguntar sus nombres; pero el aspecto era de lo más raro que se puede imaginar: dos grandes tubos de madera que se amplían de arriba á abajo, en forma de cono truncado, y cerrados en la base por una piel, sobre la que se produce el sonido, como sobre una pandereta, y tres platillos de hierro, en forma de alas de mariposa, que vienen á ser como las voces segundas de la extraña composición musical. Los primeros tocan en reposo, de pie; los segundos simultanean la música con el baile, que ejecutan al compás de aquélla. Al terminar cada figura, nos saludan, colocándose en cuclillas, y elevando las manos á la altura de la cabeza.

De repente cambia la composición

musical, termina el baile y callan los instrumentos de hierro. Junto á los impávidos músicos, surge una mujer, envuelta en amplia túnica blanca, de encaje burdo, ceñida al cuerpo con unos cordones de colores muy vivos: el rostro se percibe con alguna confusión: se oculta por una gasa transparente, pero muy tupida. Adviértese que es una mujer bella, aunque obesa y desencuadrada.

Al compás de la monótona charla musical, que sigue inspirada en la única frase de que antes hablé, la mora, porque á esa raza pertenece la danzante, baila y baila, agitando sin cesar los brazos y las manos, en las que lleva dos pañuelos de seda, de colores muy vivos, que cruza mil veces sobre la cabeza, adornada con cintajos, en los que alternan los mismos matices que en los pañuelos; y

en la continua danza ya se aleja, ya se acerca á nosotros, con ademanes, tangentes á una provocación lúbrica, sin recato alguno.

Al fin nos enteramos del simbolismo de la singularísima danza. Según nos dicen nuestros amigos, el cuerpo de la danzante se ofrece en subasta al mejor postor. Un moro viejo, altísimo, arrogante, vestido con cierta esplendidez, no exenta de elegancia, entrega un billete de veinte francos á la obesa bailarina, que coloca el papel moneda entre sus dientes, y continúa la danza, esperando, sin duda, más pródigos galanes. Pero ningún otro ofrece nuevas sumas, y la danza termina, la mora desaparece, y el adjudicatario entrega una moneda de plata á un extraño personaje, también moro, que, cubierta la cabeza con enorme sombrero, ha seguido todos

los movimientos del baile, lanzando frecuentemente gritos agudos, con los que sin duda pregonaba la mercancía. Era el corredor, el galeote de aquellos amores transitorios y efímeros.

La fiesta entra ahora en una nueva fase. Varias parejas de moros, con el tronco desnudo, marcado con extrañas inscripciones y signos, impresos en tinta verde, luchan en el centro del cuadrilátero. Se acometen de un modo muy extraño: vueltos de espaldas, lanzan al aire una pierna, giran sobre la otra, que en el suelo descansa, y con la primera procuran dar un golpe en la espalda del enemigo, para derribarlo en tierra. Dos moros actúan así como de jueces de campo, evitando toda alevosía, dirimiendo las discordias de los luchadores y

juzgando en definitiva sobre la victoria y el premio.

A la vez que se celebra esta lucha, otras parejas de moros salen al escenario; empuñan extrañas y enormes armas de fuego, cuya forma recuerda los antiguos trabucos andaluces: avanzan hasta encontrarse, y en este momento, sentados en cuclillas y volviendo los cañones de las armas hacia el suelo, las disparan simultáneamente. Los disparos son horrísonos, las detonaciones ensordecen, los armados combatientes caen al suelo, empujados por la fuerza y el estrépito de la detonación.

Esperamos con cierta ilusión que llegue el instante de actuar los jinetes moros, tan famosos por su gentil destreza en los ejercicios hípicas. Deseamos ver sus graciosas evoluciones, sus carreras de vértigo, sus

enormes saltos, toda la varia habilidad de estos imponderables caballeros, y toda la arrogante desenvoltura y toda la suprema elegancia de sus célebres cabalgaduras; pero este acto, el más interesante de la farsa, no se llega á representar. No hay caballos: andan en lances de tragedia á las puertas de Fez, quizás dentro de sus muros.

La fiesta continúa sin variación sensible; sucédense las luchas y los disparos; la música, la monótona tocata argelina, sigue desarrollando la frase única de la composición. Nosotros hemos abandonado el campo y penetrado en el café moro, en cuya puerta hemos presenciado la singular ceremonia. En el café vemos el legendario cordero asado y una enorme vasija que contiene el clásico *alcus-cut*. Mientras tomamos el té,

con que los moros nos obsequian, Lusningg, el dueño del hotel Simón, anda picoteando en los extraños manjares africanos. Nos sorprendemos mucho de ver á este hombre políglota entregado á tan singular é inesperada tarea; él sonrse amablemente, y dice en castellano, con prosodia francesa:— Está riquísimo, prueben.

Pero nadie se atreve á imitarle.



V.—LA SOIRÉE DEL CÓNSUL

V.—LA SOIRÉE DEL CÓNSUL

En la puerta del hotel, de regreso de la monótona zambra indígena, nos entregan sendos pliegos cerrados. Yo abro el mío y leo: «El cónsul de España y la señora de Tejada, tienen el honor de invitar á usted al banquete, que con ocasión de la llegada á Orán del Ayuntamiento de Almería, tendrá lugar el miércoles, 24 de Mayo, en el Hotel Continental, á las siete y media de la tarde.» Mis compañeros de comisión han terminado, á su vez, la lectura de las invitaciones; y todos nos miramos muy satisfechos, respi-

rando un ambiente de esperanza seductora. Puesto que la señora de Tejada invita, es seguro que asistirán damas á la fiesta.

La hora de la cita está próxima: nos apresuramos, pues, á vestirnos con las galas de la etiqueta más severa. Algunos minutos después, vamos apareciendo en el gran patio del Hotel Continental, que es precisamente nuestro hospedaje. Parecemos otros hombres distintos de los que asistieron al Vino de Honor en el Palacio municipal. Ahora sí que nos mostramos magníficos, elegantones, tan guapos y tan resplandecientes, con los severos trajes de frac, los cuellos y puños irreprochables, las pecheras de las camisas, blancas, nítidas, alboroando por el amplio descote del chaleco de etiqueta.

Ahora sí que vamos á presentarnos

con todos los honores, y como artísticos y distinguidos representantes de un pueblo culto, cuya enseña lucimos en los morados fajines, que á la brillante luz del patio resplandecen, con sus bordados de oro. El alcalde presidente cruza el pecho con el rico *moaré* de su banda caballeresca, y ostenta sobre el corazón la lujosa placa abillantada; algunos concejales, inscriptos en las risueñas listas de mayores contribuyentes, cierran las pecheras de las camisas con botones de platino, sobre los que resplandecen enormes perlas, rodeadas de brillantes. Estamos, en realidad, para retratarnos. ¿Quién dirá que somos aquel puñado de bultos que, atontados por el mareo y vestidos con la prosaica vulgaridad corriente, asistimos por la mañana á la recepción oficial?

Cuando yo estoy haciendo estas ob-

servaciones, entra en el patio, al brazo de su noble esposo enlazada, la señora de nuestro anfitrión. Un espléndido vestido de riquísimo encaje negro, envuelve su cuerpo gentil: bajo la negra mantilla, que rodeando su cabeza, oculta el descote, brillan serenos y apacibles, sus negros ojos expresivos, y á través de las finas mallas de la toca española, resplandecen también perlas y brillantes. Saludada por todos, se dispone á recibir amablemente á sus invitados, mientras reina en el gabinete de visitas del hotel la admiración á la belleza presente, y la risueña esperanza de admirar otras bellezas, que las invitaciones nos inducen á aguardar.

Van llegando poco á poco: cabelleras con los colores del oro y de la noche; ojos azules como el cielo, y negros como el abismo; blancos des-

cotes, sobre los que se yerguen las femeniles cabezas, primorosamente peinadas; bocas que sonrén, entre dulces palabras de amable cortesía; manos pequeñas, que se estrechan, amigas, en la seductora ceremonia de la presentación; bustos flexibles y ligeros, ó arrogantes y macizos; *frou frou* de seda, ambiente de perfumes, resplandores de piedras preciosas, rítmico ó agitado batir de abanicos, y ecos seductores de charla femenina. Este es el cuadro que ofrece la sala á nuestros ojos y á nuestros oídos, de par en par abiertos á estas dulces emociones de la belleza y de la gracia.

Entramos en el comedor, cuya mesa ostenta sobre los blancos manteles el brillo de la cristalería y de la plata y los alegres matices de las flores. Cada cual ocupa su puesto.

El canciller del consulado, conociendo mi nativa gravedad, me ha designado sitio entre dos respetables caballeros: yo le envío, con una sonrisa cariñosa, la expresión de mi gratitud por su bondad, que es para no olvidada. Langle y Pérez Cordero, en cambio, tienen á cada lado damas bellísimas, ricamente ataviadas, y el severo González Egea se sienta próximo á la señora de Tintoré, que es una española de las que, según la frase de los Quintero, paran los relojes: está guapísima, vestida con un espléndido traje del color de las rosas, no tan delicado y bello como el de sus mejillas.

En la banda de enfrente, y al lado del respetable y veterano Cañete, de la clase de periodistas, advierto la presencia de otra española, Carmen Dols, una morena arrogante, goyes-

ca, de busto espléndido, de ojos negros, en cuya viva luz parece resplandecer el sol de Andalucía. Un poco más allá, otra dama rubia, con los ojos verdes, que recuerda la poética leyenda del vate sevillano, ostenta, junto á Rodríguez Burgos, su encantadora belleza pálida: creo que esta señora se llama Mad. Lemaire. Yo tengo el honor inapreciable de comer entre los maridos de estas dos bellezas.

Langle, con su clásica austeridad republicana, charla severamente con madame Viñerta, en cuyo rostro alegre relampaguean los fulgores de una seductora simpatía: he visto pocas caras de expresión tan viva y tan elocuente. Y Romay, el abundante y espléndido Romay, persona gratísima por cierto, que también milita en las filas del republicanismo, canta, sin

duda, las excelencias de esta forma de Gobierno, con Mad. Llobet, otra belleza argelina, encantadora de expresión. Yo sigo mi diálogo con el señor Dols, sobre los grandes adelantos de la industria moderna, y sobre el magno problema uvero.

Lussningg, que come con buen apetito, *malgré* la succulenta merienda que se sirvió en el *village negro*, entretiene agradablemente con su charla políglota á las chicas de Cardona, Sanchidrian, Botella y Rodríguez, únicas solteras que asisten á la fiesta: Pérez Márquez, joven y célibe también, colabora en esa obra galante de cortesía y admiración á las juveniles bellezas, que escuchan muy regocijadas á sus caballeros sirvientes. Los Sres. Mambrun y Viñerta acompañan á las señoras de Botella y de Cardona, ambas muy distinguidas,

con la severa elegancia de sus trajes negros. Pérez Molinero habla en voz baja con Fernández Abad, y ambos muestran en los semblantes mohínos las huellas del fastidio. Yo sospecho que hablan también del problema uvero.

En un intervalo de silencio, interrumpida mi encantadora *causerie* industrial y agrícolá, yo descubro al lado derecho de Pérez Cordero una rubia sorprendente: es alta, blanquísima, sonrosada, delgada y flexible, de ojos bellísimos de dulce expresión arrobadora, vestida con un traje de color de plata, que deja al descubierto el descote, nítido, un poco palpitante por el calor de la sala. Todo el conjunto respira dulzura, espiritualidad, poesía: parece una dama de la corte de Luis XV, que, soñadora y poética, adivina, en un jardín de Ver-

salles, la plácida belleza del Trianon.

Yo olvido mi diálogo uvero, y pregunto calladamente al Sr. Dols, mi vecino:

—¿Quién es aquella dama vestida de plata y de esplendores, que, como diría el poeta árabe, parece la luz de la mañana?

—Es Mad. Maraval—me contesta.

—Pues es una mujer de alivio de luto—le replico, recordando esta frase andaluza.

—Es la señora del doctor Maraval, presidente del Aéreo Club, aquel señor joven y distinguido—. Y me señala un caballero, que se sienta al lado de la respetable señora de Mambrun, el decano del Colegio de Abogados.

Pérez Cordero, advertido de mi admiración á su pareja, me hace signos expresivos de que opina como el poeta árabe, que antes cité, y me da á

entender algo, que no comprendo claramente.

El banquete se ha servido, y se ha servido con la galana esplendidez propia de un Nabab, que perteneciera por *sport* á la diplomacia europea. El cónsul nos ha obsequiado regiamente: ningún otro advervio expría mejor la pródiga riqueza de vinos y manjares.

Se inician los brindis: el cónsul, el alcalde, Mr. Mambrun y Langle dicen mil cosas lindas en honor de España, de Francia, de las visitas honrosas, de los huéspedes distinguidos, de los anfitriones espléndidos y de las mujeres hermosas. El señor Moreno hace esta frase, que se aplaude con entusiasmo: «Si se pudieran reunir en un solo recinto todas las bellezas oranesas que he visto en vuestras calles, se formarían, con ellas, el jardín

más lindo y más seductor del mundo.» Muy bien, Excelencia; estamos muy satisfechos con esa brillante frase de admiración á la mujer argelina. Así deben hablar los caballeros que evocan con sus insignias el recuerdo de una de las más grandes mujeres de la historia.

Après diner, fórmase en el patio y en el salón la más seductora tertulia que ha podido soñarse. Damas y caballeros, en animados grupos, disertamos, alegres, sobre los temas varios que ofrece esta encantadora frivolidad de las noches de fiesta, después de una comida espléndida, rociada con vinos exquisitos. Pérez Cordero, conduciendo del brazo á «la luz de la mañana», que, durante la comida, despertó mi admiración y curiosidad, tiene la bondad de presen-

tármela. De cerca es aún más encantadora. Cosas de la luz; de lejos, alumbra y seduce; de cerca, deslumbra y abrasa.

El motivo esencial de la presentación obedece á que Mad. Maraval es artista, una poetisa brillante, que luce en el pecho las palmas académicas concedidas al mérito de sus composiciones. Pérez Cordero ha tenido la bondad de hablarle de mí y de mis pobres versos, y hasta le ha ofrecido, en un rasgo de amabilidad afectuosa, que yo improvisaré, en honor de dama tan gentil, una poesía castellana. Esto indicaban sus señas anteriores. Yo, que hago versos muy malos, pero que los termino pronto, escribo al dorso del carnet, que la condecorada poetisa conserva entre sus manos:

ANTE MAD. MARAVAL BERTHION

Mirando esta mujer, tipo divino,
alada inspiración, musa del arte,
se ve de Campoamor el raro tino:
¡Ay del que va en el mundo á alguna parte
y se encuentra una rubia en el camino!

La musa agradece, afectuosa y cortés, mi pobre quintilla, y me ofrece enviarme, al siguiente día, dos tomos de sus obras. Yo me complazco en participarle que anda entre nosotros un verdadero poeta, maestro de la rima, y ella desea, en el acto, conocerle. Buscamos á Langle, á quien ella acoge con benevolencia graciosa, propia de su bondad y de su cultura. Le invitamos también á que cante aquella belleza espiritual, tan distinguida y tan encantadora, y Langle escribe, en otra cartulina, estos primores:

La tarjeta se agita, llena de gozo.
¿Quieres saber la causa de su alborozo?
Es que ha visto tus ojos, tu tez, tu boca,
y, al verte tan bonita, se ha vuelto loca.

Las damas, atraídas por nuestras lecturas y nuestros aplausos, acuden en derredor: hay que leer en alta voz nuestras poesías. Luego, *á petición del público*, leo yo la primorosa canción de las flores de *Amores y amorfíos*, y Langle recita una suya, de las premiadas con la flor natural. La tertulia toma inusitada animación y brillante alegría; en todos los grupos, en todas las conversaciones, en todos los semblantes, adviértese la más íntima complacencia; y sobre el concierto de las voces alegres de los diálogos, óyense las notas animadas y bulliciosas de las malagueñas, que Pérez Márquez interpreta en el piano del salón.

La señora de Tejada recibe plácemes y felicitaciones entusiastas de todos. Nos ha proporcionado un rato encantador, inolvidable. Yo la ofrez-

zo enviarle al día siguiente un mensaje de gratitud, escrito en décimas, en el que cantaré, con el ritmo sonante y gracioso de las espinelas, su clásica belleza castellana y su imborrable y seductora amabilidad. Ella cierra el compromiso, y parece mostrarse muy satisfecha de esta modestísima recompensa mía, única que se me alcanza otorgar á sus bondades.

Ya de madrugada termina la fiesta inolvidable. Las damas se han despedido; nosotros nos quedamos unos momentos alabando la espléndida cortesía del cónsul. Luego á dormir, que ya es razón, después de tantas emociones y de tantos y tan exquisitos obsequios.

Yo camino hacia mi habitación, despartiendo con González Egea, que ocupa el cuarto inmediato al mío, so-

DAVID ESTEVAN

bre las observaciones preciosísimas que acabo de recoger respecto del progreso de la industria agrícola con relación al problema uvero. Indudablemente, la agricultura es la base del bienestar de los pueblos.



VI.—EL BELVÈDÈRE

VI.—EL BELVÈDÈRE

Desde el *Turia*, mirando las colinas que limitan la ciudad, habíamos advertido, á la derecha, en lo más alto y florido de aquellos parajes, una pequeña ermita que, entre los verdes árboles, exhibía la airosa y gentil torrecilla, en cuyas ventanas más se adivinaban que se veían las minúsculas campanas que convocan á los fieles á la oración.

No lejos de la ermita, á la izquierda mano, y un poco más abajo, se veía blanquear entre la apiñada floresta, un gran balcón, una azotea

amplia, sostenida por ligeras columnas, que parecían colgadas del abismo. Luego, desde la plaza de Armas, desde los bulevares, desde los balcones del hotel, habíamos visto frecuentemente la minúscula capilla y la colgada azotea.

A esta última llaman los oraneses el *belvédère des planteurs*, por ser, en efecto, como queda dicho, una azotea, que, á modo de amplio balcón, domina las extensas plantaciones de árboles, especialmente pinos, que en aquel pintoresco paraje ostentan sus ricas y verdes vestiduras. Desde lejos es muy bello el paisaje; mirando desde aquellas alturas debe ser espléndido, admirable, el panorama.

A la mañana, cuando todavía reposábamos en los sendos lechos de las fatigas del viaje, de la fiebre de acti-

vidad consumida el día de nuestra llegada, y soñábamos quizás con las horas deliciosas de la *soirée* del cónsul, Valero, el infatigable y simpático Valero, acompañado de Bastos, nuestro querido amigo, vienen á nuestros cuartos para decirnos que los demás amigos del comité de fiestas y de la municipalidad, con el alcalde á la cabeza, nos esperan en la puerta del hotel para realizar la ascensión al *belvédère*.

—¿Ha amanecido ya?—pregunto yo, mecido aún entre las brumas del sueño.

—Son las nueve—me contesta Valero—, las nueve horas de la mañana. Ya ve usted si ha amanecido.

El reloj, en efecto, marca la hora que mis buenos amigos indican; pero mis pobres huesos no han pasado del amanecer. Estoy molido: me parece

que me balanceo todavía sobre las rizadas olas del Mediterráneo.

Marchamos. Langle y yo vamos en el mismo coche con Mr. Barrelliere, un concejal de Orán, que vive en un estado permanente de buen humor envidiable. Barrelliere entiende perfectamente el español, pero no lo habla, y como Langle y yo no hablamos ni entendemos el francés hablado (sólo por escrito somos capaces de traducirlo), la excursión tiene algo de cómica. Yo me figuro que habrá habido mucho de aquellos graciosos pasajes de las claves de temas:

—¿Les gusta á ustedes el panorama?

—La cama un poco dura; pero el cansancio nos ha hecho dormir.

—Aquel camino ¿conduce á Argel?

—Gracias; no fumamos.

Y así sucesivamente.

El camino está trazado en zig-zag, como único medio de escalar fácilmente aquellas alturas. Nos recuerda la famosa carretera del nuevo cementerio de Granada. En cada vuelta se descubre un nuevo paisaje: aquí la risueña playa de Buisseville, con sus encantadores y ligeros hotelitos; allí el puerto amplio y hermoso, las quietas aguas de la bahía; más allá la ciudad, el gran pueblo oranés, las cintas de sus anchas calles, sus cuadradas y alegres azoteas, la elevada torre de la artística mezquita, las blancas cúpulas de la catedral en construcción, el campo y la vega, verdes, espléndidos, de vegetación exuberante.

Llegamos al *belvédère* y nos asomamos á la gran planicie, sobre la baranda; casi al mismo tiempo exclamamos todos: Esta es la torre de la Vela, la Alhambra de Granada. Así

es, en efecto; con la diferencia de que aquí se juntan, como dijo el poeta,

á las bellezas del suelo,
las maravillas del cielo
y las grandezas del mar;

si bien en compensación del mar, en Granada se ofrece la vega más extensa, más grande, más magnífica y suntuosa, en inmenso mantel verde, salpicado á trechos por las blancas y graciosas siluetas de los caseríos.

A la izquierda se descubre la pequeña capilla, á la que conduce una vereda áspera, violentísima, que hace casi imposible la ascensión. Sin embargo, por esa vereda marchan, mejor diré, trepan, los devotos de la Virgen, que van á su modesta capilla á pagar votos, deudas de gratitud contraídas quizás, al borde de las negras simas de la muerte, del deshonor, de la miseria. Como si la ascensión no

fuera de suyo áspera y difícil, los devotos caminan con los pies desnudos, mirando con avidez el alto final de la tremenda jornada. A mí me impresionó mucho esta sencilla muestra de fe religiosa, exteriorizada de tan gallardo modo en aquellas alturas inaccesibles.

El balcón es ideal, la vista magnífica, el panorama espléndido; la construcción de un mirador en sitio tan elevado y tan alegre, es obra, sin duda, de un gran artista, de un delicado cultivador de la belleza. Allá, á lo lejos, entre la flora espléndida, se ven ahora los rieles del ferrocarril de Argel, la hermosa capital de la colonia. Más abajo, una carretera amplia y hermosa, que bordea un cerro y que forma otro balcón sobre el mar azul: parece por su trazado, forma y situación, la carretera de Almería á

Berja. Tan agreste es el paraje, tan audaz la obra, tan alto el cerro, tan amplia y hermosa la perspectiva. Al otro lado los cansados peregrinos continúan, devotos y jadeantes, la empinada ascensión, destrozándose los pies desnudos sobre el suelo de guijarros.

En el mirador, en cambio, todo es alegría. El *champagne* corre bullicioso y dorado, rebosando los bordes de las copas con su blanca espuma. El alcalde de la villa nos obsequia, una vez más, con su clásica habitual esplendidez. No damos un paso sin recibir un obsequio delicado. Ya no sabemos cómo se deben dar las gracias, por atenciones tan repetidas.

Volvemos á los coches y descendemos por aquellas pintorescas calles de árboles, tan artísticamente alineadas. Pérez Cordero, en un automóvil,

acompañado por el simpático Valero, nos sale al paso. Viene de la plaza de los toros, y allí ha visto los que han de lidiarse por la tarde, que le han parecido soberbios ejemplares.

Langle y yo volvemos á nuestro diálogo con el amable y nervioso Bearrelliere, á quien no entendemos jota. Es lo mismo: volveremos á los temas famosos, con sus graciosísimas incongruencias.

En el descenso nos damos más cabal cuenta de las bellezas exquisitas y variadas del paisaje. El camino de tierra rojiza serpentea por entre las plantaciones: los árboles le cubren con su sombra. En los planos inclinados y en las rampas que los mil accidentes del camino ofrecen, los graciosos arbustos, alineados como un ejército en formación, ofrecen, en caprichosos grupos, todas las formas

de la geometría plana; y en el ángulo de un polígono, ó en el vértice de un ángulo, se descubren á veces amorosas parejas que en la dulce sombra charlan y ríen. Es el amor que pasa— le digo á Langle, recordando la frase del inmortal poeta sevillano. Luego advierto que algunos enamorados comen prosaicamente vulgarísimas tortillas de patatas.

A un lado y á otro del camino se ven los clásicos merenderos andaluces, que invitan al descanso y al «copeo», y en las terrazas, adornadas con macetas de claveles rojos y blancos, suelen aparecer mozas garridas, que no parece sino que estimulan más y mas las ansias de reposo, que el calor de aquellas alturas pone en los espíritus desmayados. ¿Qué más? Abandonada en rústica silla de anea vemos, junto á las macetas de un me-

rendero, la guitarra clásica de las fiestas andaluzas. Por todas partes Granada parece ofrecernos un rasgo típico de su campo gentil y de sus costumbres tradicionales.

Esto de la confusión de las lenguas nos lleva desesperados: el simpático Bearrelliere no puede contestar á las mil preguntas que le dirigimos, acerca de los nombres de aquellos parajes y costumbres de las gentes que á cada vuelta del camino nos encontramos. Entiende bien nuestras preguntas y sin duda las contesta con todos los detalles que podemos desear; pero... tiempo perdido: *nous ne comprenons pas*, y por muchos gestos que Bearrelliere quiera emplear, para dar mayor fuerza á la expresión, y por muy vivo que sea su manoteo para explicar conceptos, *nous ne*

comprendons pas. Bearrelliere se agita nervioso:

además de los ojos y la boca
dialoga con los pies y con las manos;

pero Langle y yo somos dos leños y nos miramos, abrimos mucho los ojos y nos quedamos igual que si nos hablaran en chino.

—Yo no entiendo palabra—le digo.

—Yo ni palabra ni sílaba—me contesta.

Y seguimos descendiendo.



VII.—EL LICEO

VII.—EL LICEO

Aislado, en el centro de una gran plaza, rodeado por una verja elegante de construcción moderna, se alza el Liceo de Orán (Lycée des garçons), amplio y magnífico edificio, cuyas rojas paredes de ladrillo, con numerosas y rasgadas ventanas, le dan desde luego el aspecto inequívoco de una hermosa construcción, dedicada á una función pública, para cuyo ejercicio se ha procurado, con el mayor interés, juntar á la amplitud del local, la belleza de la edificación y las sagradas exigencias de la higie-

ne. El Liceo es lo que en España llamamos el Instituto de segunda enseñanza.

Monsieur Rovert, provisor del Establecimiento, acompañado del censor de estudios—un hombre cultísimo, distinguido, que habla con intachable corrección nuestro idioma—y del catedrático de lengua española, nos recibe en el hermoso patio central del edificio, un patio alegre, amplio, rodeado de galerías cubiertas, cuyos pavimentos brillan de limpieza, mientras en la parte descubierta, al aire libre, naranjos y limoneros ostentan el precioso verdor de sus hojas perennes. Apenas hemos penetrado en el edificio, podemos confirmar la grata impresión que recibimos en el exterior: todo allí es grande, limpio, ordenado é higiénico.

Acompañados de los señores que

he citado, á quienes secunda y ayuda el concejal Oliva, que ha sido profesor del establecimiento, recorreremos todas las dependencias de éste, admirando en ellas la espléndida riqueza de la instalación, la abundancia de los elementos de enseñanza, la ordenada aplicación de ellos al procedimiento experimental y práctico, que los modernos sistemas pedagógicos han impuesto como preferible, contra aquel antiguo empirismo que convertía á los alumnos en fonógrafos rutinarios, que inconscientemente repetían las palabras y los conceptos impresos en su memoria, casi casi sin que la inteligencia los contrastara, ni la práctica pudiera comprobar su exactitud y su aplicación.

Vimos allí amplios y floridos patios para el recreo, hermosas aulas para la enseñanza, gabinetes espléndida-

mente dotados para el estudio de las ciencias físicas y naturales, sala de gimnasia con todos los elementos para conseguir una educación física perfecta, salud y vigor, riqueza para la sangre y fuerza y elasticidad para los músculos; grandes y magníficos mapas para la enseñanza de la geografía; departamentos para baños, de pies, generales, de ducha; amplios y ventilados dormitorios, perfecta y discretamente instalados; lavabos, almacenes de ropa, enfermería, retretes, salas de visitas, todo, en fin, cuanto es preciso para la enseñanza y para la vida colectiva; pero todo amplio, limpio, ventilado, en orden perfecto, en admirable disposición.

Yo pregunto al censor y á nuestro amigo Oliva si todos los institutos de Francia están edificados y regidos de modo tan perfecto y lujoso. —No, se-

ñor—me contestan—; apenas hay media docena que cuenten con tan preciosos elementos, con tan espléndida instalación.

Los lectores habrán comprendido ya que en el Instituto hay internado: actualmente asciende á más de doscientos el número de pensionistas. Esta es, pues, la institución oficial que en España ha intentado establecer alguna vez el señor conde de Romanones, y que todavía no ha llegado á cristalizar en nuestras leyes. Aquí abominamos mucho de la enseñanza de los frailes; pero, dados los establecimientos de enseñanza con que contamos, si no hubiera frailes, yo no sé cómo íbamos á educar nuestra juventud. Creyentes y descreídos, hemos de mandar nuestros hijos á los colegios de religiosos. Hemos hablado y escrito mucho contra ellos,

pero no hemos sabido sustituir sus establecimientos de enseñanza. O el convento, ó la casa de pupilos, la sucia y alborotada casa de pupilos, con todos sus espantosos peligros, con todos sus vicios, con todo su legendario desenfreno.

A propósito de esto, y por asociación de ideas, Langle y yo, que caminamos juntos en la curiosa visita, preguntamos al censor:

—¿Se toleran aquí prácticas religiosas á los alumnos?

—Cada uno— contesta el simpático y culto funcionario—manifiesta al ingresar cuál es su religión, cuáles son sus creencias; y los domingos vienen sacerdotes católicos, pastores protestantes y judíos á predicar á los alumnos los dogmas de su fe, los principios y las prácticas de sus doctrinas.

Hemos llegado á la enfermería, un hermoso pabellón, aislado, construído con arreglo á los principios de la moderna arquitectura higiénica, y dotado de todos los elementos de medicina y cirugía que los actuales brillantes adelantos de las ciencias permiten disponer. Todo es alegre en el pabellón: la luz que penetra por sus amplios y hermosos ventanales; el sol que calienta las limpias y confortables estancias; las flores colocadas acá y allá, en mesas y centros; el aire embalsamado por los naranjos y limoneros de los patios y por las brisas marinas del Mediterráneo, que cerca del edificio agita sus ondas y riza su oleaje.

Este departamento, los refectorios, la sala de baños y duchas y algunas clases, fueron inaugurados recientemente. La hermosa ceremonia se ce-

lebró el 30 de Marzo de 1909, con asistencia de todas las autoridades de la ciudad y en presencia del venerable M. Lerebourg, padre del prefecto de Orán, anciano de 85 años, que durante un período de veinte y cuatro, desempeñó el cargo de principal de aquel gran centro de enseñanza.

Otra instalación curiosísima es el almacén de ropas: allí están separadas en grupos, señaladas con el número del alumno, todas las ropas que le pertenecen. Las sucias las deposita cada uno en un saco, que al efecto tiene dispuesto, y desde el almacén se las reponen limpias, lavadas y planchadas, evitándose el cuidado enfadoso de la custodia y conservándolas con todos los esmeros de la higiene. Al frente de este almacén hay varias señoras: también en la enfer-

mería hemos visto mujeres al cuidado de los enfermos.

Vamos entusiasmados con nuestra visita: lo elogiamos todo con calor, lo encomiamos todo con entusiasmo, con entusiasmo sincero y... con un poco de envidia, de envidia noble, de emulación patriótica, nacidas del deseo de poseer en nuestra tierra un establecimiento tan espléndidamente dotado y tan hermosamente construido. El censor paga la gratitud que nuestros elogios le inspiran, alabando, con frases expresivas y elocuentes, nuestro Instituto de Burgos, modelo de establecimientos de enseñanza.

Las clases de idiomas nos producen una espantosa impresión de duelo y de vergüenza. Allí se enseñan el inglés, el alemán, el árabe y el español. Las clases destinadas á los idio-

mas extranjeros son amplias y hermosas: en las paredes figuran los retratos de sus reyes, las vistas fotográficas de sus grandes monumentos, cuadros de sus costumbres, mapas de su territorio, carteles con frases de sus grandes escritores. En la clase de español las paredes están desnudas: sólo en la correspondiente al sitio del profesor, hay un torero que ejecuta una suerte de capa, y cuatro cartelitos anunciadores de corridas de toros en varias plazas españolas.

A esto se reduce el simbolismo, la representación de España: Langle y yo estamos indignados, comentamos con vivas frases de dolor y de protesta aquella grotesca representación de la Patria española; tal vez traspasamos los límites de la prudencia, pero es que nos rebosa por todas

partes la indignación. Aquello hay que enmendarlo, hay que corregirlo en seguida: Langle se encarga desde luego de pedir al Ayuntamiento, á nuestro regreso, material de enseñanza que sustituya aquella pobre y afrentosa representación de España en una clase de idioma español, de un establecimiento docente extranjero. Y todavía hay quien nos pide un gran cartel de toros, para añadirlo á aquellas estampas que tan vivas protestas nos inspiraron.

Las corridas de toros son una fiesta netamente española: no tenemos por qué negar el hecho, ni por qué renegar ahora de esa tradición. Pero las suertes de la torería no son el símbolo, no pueden ser la representación de la patria. A España la representan, en sentido político, el Rey, que es el jefe del Estado, y en sentido amplia-

mente espiritual y simbólico, los grandes monumentos erigidos en su suelo, los cuadros y las esculturas confeccionados á la luz de su sol, las obras literarias escritas en su idioma y las obras poéticas medidas con el ritmo de su preceptiva ó entonadas con las reglas de su prosodia; las hazañas realizadas por sus soldados en defensa de la integridad del territorio y del honor de la bandera; las tradiciones transmitidas de generación en generación, para enseñanza y ejemplo; el comercio de sus productos y las elaboraciones de su industria; sus campos en cultivo, sus empresas en actividad, sus recuerdos y sus esperanzas, su historia, su leyenda, su trabajo: en suma, su espíritu y su territorio. El Escorial y la Alhambra, Velázquez y Alonso Cano, Castelar y Donoso Cortés, Cervan-

tes y Feijóo, Fray Luis de León y Quintana, Gonzalo de Córdoba y Palafox, Servet y Cajal.

A los jóvenes generosos que en el Liceo de Orán aspiran á conocer y cultivar nuestro idioma, y por tanto á conocer y estudiar nuestra patria, debe ofrecérseles ésta como ella es, con todas esas gloriosas grandezas y, si se quiere, con sus defectos, y sus desmayos, y sus duelos, y sus amarguras; pero no empedregada y falsificada en una estampa que la ridiculiza, si no la afrenta.

Tal vez por esta y otras causas igualmente pequeñas y muchas veces incorregibles, por desconocidas, se ha formado en el extranjero esa leyenda que envuelve nuestro glorioso nombre entre sombras oscuras, que falsifican nuestra verdadera personalidad. La torería andante, la navaja

en la liga, la intransigencia dogmática, la influencia decisiva de la teocracia, y en general todo ese artificioso y tristísimo concepto que se nos atribuye, suele obedecer, más que á la malicia de nuestros juzgadores, á la ignorancia que padecen de nuestras verdaderas costumbres, de nuestra auténtica personalidad. Si á cien millas de España, en un pueblo que nos ha demostrado su amor de modo tan expresivo y elocuente, se nos representa de ese modo, ¿qué será de nuestro nombre y de nuestro carácter en países más lejanos, en donde no inspiremos amores ni simpatías?

Fuera de esta penosa impresión, la visita al Liceo ha sido para nosotros una gratísima y encantadora correría. Hay, para los hombres de estudios, algo seductor y emocionante en estas visitas: en los claustros y en

las aulas de los establecimientos docentes, viene á la memoria el gratísimo recuerdo de los días escolares, de la juventud risueña, de las grandes esperanzas pasadas y desvanecidas, de los proyectos gigantescos abandonados ó imposibles, de los momentos felices, anteriores al desengaño y á la lucha.

Discurriendo por los amplios patios del Liceo de Orán, yo veía, cerrando los ojos, la escalinata del Instituto de Toledo, las columnas salomónicas de la Universidad de Granada, y también mi infancia y mi juventud, las alegrías de aquella edad venturosa, aunque un poco inocente y atolondrada. Y al salir del gran edificio, y dirigirnos á los coches que en la calle nos aguardaban, yo, sin clara conciencia de lo que hacía, instintiva-

DAVID ESTEVAN

mente, recitaba á media voz aquella
estrofa del inmortal poeta castellano:

¡Oh recuerdos, y encantos y alegrías
de los pasados días!
¡Oh dulces sueños, de color de rosa!
¡Oh dorada ilusión de alas abiertas,
que á la vida despiertas
en nuestra breve primavera hermosa!



VIII.—EL CONCIERTO DEL PA- SEO

VIII.—EL CONCIERTO DEL PASEO

¿He visto yo el famoso paseo de Letang? Según y como se mire: yo he visto desde lejos, desde el muelle, desde el *belvédère*, desde el camino de Buisseville, la espléndida lejanía de aquel bellissimo paraje; he visto su frondosidad, su verdura, extendidas en graciosas rampas, que en la gran planicie central se encuentran, abrazándose. He visto aquel restaurant coquetón, erigido en el declive del terreno, y colocado, con sus miradores

alegres, sobre el centro del paseo, como un gran balcón desde el cual pueden descubrirse y admirarse todas las bellezas allí reunidas: el cielo africano, azul y limpio, arriba; la tierra fecunda, verde y salpicada de flores, abajo; el mar azul, rumoroso y rizado, más abajo, en el fondo.

Yo he visto todo esto desde lejos, á la clara luz del sol africano. Y además he visto el paseo de noche, he pisado su tierra, con otros compañeros de expedición; he discurrido bajo sus árboles y entre sus flores, alumbrados por poderosos focos eléctricos: la noche de la *kermesse*, rápidamente, como en una visión cinematográfica; la noche del concierto, más despacio, entre los apretones de una inmensa multitud. De manera que yo he visto el famoso y pintoresco paseo de día, á lo lejos, y de noche, en su

misma superficie; pero á la luz del sol no he tenido ocasión de recrear mis ojos en sus verdores espléndidos, ni buscar la sombra de sus gentiles y airosas palmeras.

Sin embargo, puedo dar fe de su belleza, de su belleza inolvidable, que está en todo cuanto acabo de anotar y describir, de su belleza interesante y graciosa, nacida no sólo de los elementos que allí ha colocado, pródiga, la naturaleza, sino del arte con que las manos de los hombres los han combinado, buscando efectos, contrastes y perspectivas. Porque habéis de saber que, como en cierto modo queda indicado, el paseo de Letang, además de todos los encantos que en sí mismo atesora, es una inmensa azotea, otro risueño *belvédère*, desde el cual puede mirarse toda una espléndida lejanía, en la que segu-

ramente será espectáculo de inenarrable belleza la puesta del sol, quebrando sus últimos rayos en las aguas de la bahía y tiñendo de púrpura los verdes, más vivos, más apagados, del paisaje.

En aquel gran escenario, como ninguno otro adecuado para empresas de arte, se organizó el concierto de nuestra banda municipal. Cuando salimos del hotel, dispuestos á acudir á la artística fiesta, los señores de Tejada, que en el café inmediato departían con otras familias de la colonia española, nos aconsejaron que desistieramos de la empresa.

—¿Tan ardua es?—les preguntamos.

—Tal vez no sea sólo difícil, quizás resulte imposible: tan enorme es la multitud que allí se ha congregado,

que, á pesar de la gran amplitud del paseo, resulta intransitable.

Pausa de indecisión. ¿Qué hacer? Por fin, animados, nos decidimos por acudir al concierto; y al paseo de Letang dirigimos nuestros pasos, resignados á retroceder si, al cabo, era inaccesible la entrada. Y lo era, en efecto: la inmensa multitud, en reposo, sin dar un solo paso, ocupaba toda aquella extensa superficie. Valero, nuestra constante providencia, pudo, al fin, introducirnos en el paseo central, cruzando el salón y las dependencias del restaurant, de que antes hablé, que estaba también rebosante, sin espacio para una persona más.

La banda, situada en una plataforma construída precisamente para tal objeto, interpretaba entonces los valses deliciosos que Lehar escribió, en

un instante de inspiración admirable, para la partitura de *El conde de Luxemburgo*. Es original: sobre aquella inmensa multitud, formada, como todas, por gentes de diversas clases, sexos y condiciones, reinaba un silencio absoluto. No parecía sino que el paseo estuviera vacío; no ya gritos y voces, ni un murmullo, ni un suspiro se percibía en derredor.

Eran notables los artistas, era brillante la obra que interpretaban, pero aquel gran silencio de la multitud ¿no indicaba que sabía ponerse á tono con la situación, que era público digno de Lehar y de sus inspirados intérpretes?

La musa juguetona y alegre de los famosos valsés del maestro vienés, vibraba, sonora, entre los árboles y las flores del paseo; ahora parecía solemne, sin perder su natural ale-

gría, describiendo aquella interesante situación dramática del conde y de Angela, enamorados, sin conocer el vínculo sagrado y eterno que los unía; ahora más expresiva y ligera, en aquella página bellísima de los besos pedidos y negados, concedidos al fin, en un rasgo de ternura y de pasión. ¿Dónde hay mejor escenario, para cantar un poema de amor, que en aquellas graciosas avenidas del paseo de Letang, donde escuchaban extasiadas muchas bellas, entre árboles seculares, palmeras gentiles y flores de varios matices, en una noche tibia de primavera?

Después de la música del célebre autor austriaco, viene la de nuestro compatriota Lleó, tan popular, tan regocijada, música netamente española, graciosa y ligera, aunque se inspire á veces en los más hondos

sentimientos del espíritu. *La corte de Faraón* es una mezcla extraña de grosería y de belleza: el libro es abominable, inmundo; la música es encantadora. La del graciosísimo *Método Górritz*, sin ser tan elevada como aquélla, es también bellísima. Nuestros músicos interpretaron brillantemente las páginas más hermosas de ambas partituras; y como al terminar la de Lehar, un aplauso entusiasta rasgó aquel silencio solemne de la noche y de la multitud. Aplaudían las mujeres con el mismo calor, sino con calor más vivo, que los hombres. Sólo en España las mujeres no aplauden á los artistas.

Nosotros asistimos, con íntimo regocijo, á este gran triunfo de nuestros artistas. Sin tener la menor participación en él, nos parece propio, según es la especial satisfacción que

nos produce. Los músicos apenas descansan: ahora es Verdi, el divino Verdi, el autor inmortal de tantas obras famosas, al que escuchamos, con aquella devota admiración que se debe al genio. Yo entiendo bien poco de música, y además tengo un oído deplorable, según los testimonios más autorizados. Pero la música de Verdi, grande, brillante, sonora y expresiva, me seduce, y en grado tal, que he llegado, sin oído y sin educación musical, á conocerla desde los primeros compases. Verdi fué la nota más elevada del concierto: los músicos la entonaron con toda la grandiosa sonoridad á que tenía derecho una inspiración tan robusta como la del gran músico italiano.

Vuelve á sonar la música del eximio artista austriaco. Toda aquella página conmovedora y admirable con

que da principio el acto segundo de *La viuda alegre*, toda aquella cadencia encantadora de la canción varsovia que entona Sónnia en honor de sus invitados, para evocar en ellos el recuerdo dulcísimo de la patria lejana, todo aquel gentil acompañamiento del baile indígena, viene ahora á expresarse por nuestros músicos con tal afinación y gusto tan exquisito, que las primoras bellezas de la composición parece como que se realzan y se matizan más y más al ser ejecutadas. La lindísima página musical viene á ser para nosotros, en aquellos instantes, algo simbólico representativo del estado actual de nuestros espíritus.

La música de Almería recibe tantas ovaciones como números ejecuta: al final de cada uno de ellos aquel público, tan silencioso durante la eje-

cución, rompe en aplausos estruendosos y en manifestaciones de admiración ferviente y entusiasta. El concierto se hace interminable. Después de interpretadas la Marsellesa y la marcha real, que indican la terminación del programa, el público exigente, como buen aficionado que escucha satisfecho, pide más y más números; y el maestro Barrenas, complaciente y risueño, atiende las indicaciones del senado entusiasta, y sigue y sigue, sin cansarse nunca, pagando las ovaciones con nuevos números, dispuesto á agotar el repertorio.

Nosotros hemos decidido retirarnos. El paseo sigue invadido por la alegre y apiñada multitud; hay que regresar cruzando, como al ingreso, por el salón del restaurant, lleno también, como á nuestra llegada, de

una multitud que escucha la música con religioso silencio. Pero á nuestra vista, un hombre joven, vestido con la ropa de los artesanos de nuestro país, se levanta y da un entusiasta viva á España: como impulsados por una corriente eléctrica, los ocupantes del amplio salón contestan al grito sagrado con vivas, hurras y aplausos ensordecedores. Nosotros, muy sorprendidos y emocionados, presentiamos el inesperado homenaje.

Después de la ovación, sabemos que todos aquellos entusiastas son compatriotas nuestros, españoles que viven en el interior de la provincia y que han venido á Orán para asociarse á todas las manifestaciones populares que, con motivo de nuestro viaje, se organizan en honor de la patria española. Estrechamos las manos de unos cuantos de aquellos hijos de Es-

ALLENDE EL MAR

paña, manos de trabajadores, de obreros dedicados á una labor ruda y diaria, y salimos sonrientes, orgullosos de ver una vez más enaltecido, entre aplausos y gritos de amor, el nombre bendito de España.





EL PASEO DE LETANG

IX.—LOS TOROS

IX.—LOS TOROS

En la puerta de la plaza nos recibe Mr. Cloud, representante de la empresa. En su compañía ascendemos por la pequeña escalinata que conduce al balconcillo. Al aparecer en éste, la música civil oranesa entona la marcha real; el público aplaude con entusiasmo, se oyen muchos vivas á España, se descubren muchas cabezas y se ponen de pie todos los hombres y muchas señoras. El alcalde de Orán, los concejales que nos acompañan y nosotros, permanecemos en el balconcillo, desnudas las cabezas,

12

rígidos los cuerpos, en actitud militar, recibiendo, emocionados y agradecidos, el saludo clamoroso y la entusiasta manifestación de la multitud. Después subimos á los palcos.

La plaza tiene una cabida próximamente igual á la nuestra; pero es diferente la construcción. Los tendidos son de madera, los palcos ocupan el lugar de las gradas, y éstas no existen; el toril no tiene la clásica meseta, desde donde presencian las corridas los grandes *amateurs*; el muro de la contrabarrera es de una altura imponente, para evitar, sin duda, toda contingencia de peligro; en el redondel hay burladeros, para refugio de los diestros acosados por la fiera; la presidencia, no confiada á la autoridad, sino á un aficionado, no ocupa un palco, sino un balconcillo; á los palcos, más pequeños que los

nuestros y sin asientos fijos, se sube directamente por las escalinatas situadas en el tendido, á uno y otro lado del balconcillo presidencial. En éste ocupa sitio, en calidad de asesor, Pérez Cordero, excelente aficionado.

No hay un silencio profundo en la plaza, pero no se escucha en ella el clásico vocerío de nuestros circos; asisten á la fiesta muchas señoras, más que en las plazas de España, pero no se ve en las femeniles cabezas ni una sola mantilla: los enormes sombreros, ya planos, con forma y dimensiones de paraguas, ya recogidos y altísimos, como un cono rodeado de cintas, plumas y flores. Los moros no asisten al espectáculo: sólo he visto ocho ó diez, en lo más alto del tendido de sombra, y me han parecido policías.

Cuando yo he terminado de hacer estas observaciones y las comunico á Romay, que á mi lado se sienta, nótase un movimiento de gran expectación y curiosidad en los tendidos de sol. Hácese un gran silencio, y á favor de éste, oímos un redoble de tambor, que suena en la puerta por donde nosotros hemos penetrado. Es nuestra música—digo á Romay—que inicia un pasodoble.

En efecto, ejecutando la marcha que lleva por título «Todo por la Patria», entra nuestra excelente banda de música en el circo oranés; marchan los músicos formados, alineados, de cuatro en fondo, con rítmico andar de soldados. Van tan guapos, con sus flamantes uniformes, con sus gorras de plato, con sus relucientes cinturones. El pasodoble parece ejecutado por un solo instrumento: tan afinados

van, tan perfectamente ajustados y armónicos. Suena un aplauso formidable, mientras ellos caminan marciales y apuestos, siguiendo la dirección y la curva de la barrera. Al llegar á la puerta de arrastre, situada enfrente de la presidencia y de nuestros palcos, cambian la dirección y por el centro del anillo vienen, sin perder el ritmo de los pasos ni la afinación de la música, á hacer alto ante el presidente y las comisiones oficiales. Cortan entonces el pasodoble y atacan, vibrantes, con espléndida sonoridad, las notas calientes de la Marsellesa, y un aplauso ensordecedor acompaña, entusiasta, al himno magnífico de la República vecina. Ahora somos nosotros los que, agradecidos y obligados, halagamos el vivo y legendario patriotismo de la Francia.

La música municipal almeriense reanuda el pasodoble y abandona la plaza con la misma marcialidad en los movimientos y la misma armonía en la composición, y entre aplausos y vivas estruendosos.

Yo advierto entonces la presencia de varias caras amigas: debajo de nuestro palco está el simpático canciller del Consulado, mi excelente amigo Cardona, que tan bondadoso fué conmigo en la distribución de los puestos, en el banquete del cónsul; próximo á él se sienta Mr. Klaffton Pimienta, vicesecretario del comité de fiestas y hombre tan decididor y alegre que sólo se conoce por el nombre de *el sevillano*. Acompañan á ambos sus distinguidas señoras, elegantemente ataviadas. En un palco de la extrema izquierda vislumbro la arrogante figura de Carmen Dols, la

maja de Goya, de que hablé al describir la *soirée* de los señores de Tejada; á la derecha, muy cerca de nosotros, está Mad. Colombani, nuera del alcalde de Orán (á quien él, por graciosa equivocación de lenguaje, llamaba, en castellano, suegra), una mujer preciosa, con elegancia y distinción incomparables; la señora del secretario del Comité de fiestas, también muy distinguida y simpática; y una viuda, joven aún, muy seductora, cuyo nombre no recuerdo, á quien también conocimos en la inolvidable *soirée* consular.

Moreno Nieto y Pérez Márquez, solteros y alegres, de mirada viva y de sutil penetración, creen haber visto en los tendidos la flor y nata del *demimonde* oranés, vestida con esos rigores de la moda que la ponen sello característico é inconfundible. Hay,

pues, en la plaza, según aquellos irrecusables testimonios, muchas señoritas de esas de tarjetas postales, como decía el cómico personaje de *San Juan de Luz*.

La fiesta ha empezado: su desarrollo y su ejecución se ajustan, con escasas variantes, al patrón de las corridas españolas. Sin embargo, procuran quitarle, hasta donde es posible, lo que tiene de más repugnante. Así, colocan sobre el pecho y vientre de los caballos una cubierta de cuero, para defenderles algo de las temibles astas del toro, poderoso y fiero: en cuanto son heridos en el vientre y á los bordes de la herida asoman los intestinos, son retirados de la plaza ó muertos en ella, para evitar nuevos golpes y heridas, y sobre los cadáveres de estos nobles é indefensos animales colocan, piado-

sos, los monos sabios una lona que los cubre, y evita á los concurrentes el espectáculo nauseabundo de las tripas al aire y de las tremendas desgarraduras á la vista. Todo esto bien podía hacerse igualmente en España, sin que por eso perdiera la fiesta ninguno de sus dos encantos principales: su trágica belleza y su bulliciosa y alegre animación.

El hábito de los extranjeros de mirar con protección piadosa á los animales, les lleva á aplaudir en las corridas de toros, como arte supremo, el de herir pronto y con fortuna. Y así *Bienvenida*, que á su primer toro de la primera tarde se permitió asesinarlo, sin un solo pase de muleta y con un inmenso golletazo, ejecutado con todas las seguridades y todas las ventajas de la más refinada alevosía, escuchó, *malgré* tan abomina-

ble tarea, ayuna de todo riesgo y de todo arte, una gran ovación. Es cierto que los revisteros le ponían al día siguiente como merecía un proceder tan feo y tan extraño á las reglas de la torería; pero el público, el soberano público, vió que el toro caía súbito, sin sufrir pinchazos desacertados que aumentarían inútilmente su dolor, y aplaudió la brevedad y el acierto. En cambio silbaban, frenéticos, á un puntillero calamitoso, que para rematar un toro, ya tendido y moribundo, necesitó emplear ocho ó diez golpes. Fué bien despachado.

Hubo en una de las corridas un lance muy cómico. Un toro flojo y cobarde tomó un par de varas de refilón y se negó—la verdad es que con motivo—á que le hicieran nuevas caricias. Unos cuantos expectadores pidieron que el prudente toro fuera

fogueado; el presidente lo ordenó así, pero Vicente Pastor se negó á obedecer y el bicho se libró de la chamusquina. El presidente desobedecido, rompe en cólera, y tira á la plaza el bastón, que va á parar sobre los costillares de la pobre bestia. Y al día siguiente *L'Echo d'Oran*, comentando el hecho y preguntando las causas á que pudo obedecer la actitud extraña de Pastor, se contestaba á sí mismo con esta frase, mitad francesa, mitad española, escrita entre dos admiraciones: *¡Mystère et propinas!* A todos nos hizo mucha gracia la ocurrencia del revistero.

Próximo el final de la corrida, Romain, que me ha visto sacar frecuentemente un papel y escribir en él algunas frases, me pregunta:

—¿Toma usted notas del espectáculo?

—No, señor, hago versos.

—Hombre, ¿versos en los toros?

—Sí, señor, en los toros; no tengo tiempo de hacerlos en ninguna otra parte: en Orán no hay tiempo para nada. Ya sabe usted que ofrecí á la señora de Tejada unas décimas, y aquí las estoy componiendo, porque no veo manera de hacerlas en ninguna otra parte ni ocasión.

—Pero con este ruido ¿cómo puede usted rimar?

—No hay mucho; si se callara aquel caballero que se sienta junto á los músicos almerienses, casi reinaría aquí un gran silencio.

—Cierto que ha gritado un poco.

—¿Un poco? Ha gritado como un chico á quien llevan á la escuela por primera vez.

—¿Sabe usted quién es?

—Yo no.

—Pues fijese; es uno de los nuestros.

Miro atento, y exclamo:

—¡Ahora lo comprendo todo!

Era Darío, el intrépido navegante del *Turia*. No sé cómo acabó con garganta. Y, sin embargo, ¿sabéis lo que hizo al salir de los toros? Pues irse á Argel, de donde volvió el domingo por la mañana, para seguir su tarea en la plaza. Este Darío es formidable, como diría Mesa de León.

Salimos: el desfile del público forma, como en España, un cuadro animadísimo, en que palpita la vida, con ruidosas manifestaciones de júbilo, y alegres tonos de colores varios, entre los que únicamente dejan de advertirse el blanco y negro de las mantillas españolas, y los rojos, azules y verdes de los mantones de Manila.

Coches y automóviles avanzan rá-

pidos, entre una doble muralla de curiosos mortales que presencian el animado y brillante espectáculo; los tranvías, atestados, pletóricos de viajeros, marchan pausados, anunciando frecuentemente su proximidad, en evitación de todo género de peligros; y entre aquel rodar ensordecedor y entre la apiñada muchedumbre en reposo, los aficionados más humildes caminan á pie, comentando en voz alta, con la pasión clásica española, los lances de la lidia, las condiciones de las reses, la habilidad ó el descuido de los toreros, especialmente de los maestros en la suprema suerte final.

De vuelta al hotel, y mientras espero la hora del banquete que el alcalde de Orán nos ha dedicado, escribiendo y copio las décimas que tuve el honor de ofrecer á la señora de Te-

ALLENDE EL MAR

jada y las envió á su poder. Ahora, con licencia de aquella amiga inolvidable, las ofrezco á la benevolencia del lector. Ya sé que valen bien poco; pero entre amigos de confianza, como el lector y yo, no debe haber misterios. Allá van, pues, las desmedradas espinelas.



X.—MENSAJE DE GRATITUD

X.—MENSAJE DE GRATITUD

Á MARÍA DE LEZAMA

A los pies de usted, señora,
la dama gentil y bella,
que ha sido en Orán estrella
de nuestra dicha guiadora:
ante vuestra encantadora
y adorable cortesía,
rinde el alma de Almería,
por vuestra fiesta obligada,
su gratitud acendrada
y su ardiente pleitesía.

Vuestra amable invitación
nos honró de tal manera

que no enaltecerla, fuera
insigne desatención.
En la galana expresión
de vuestra gentil finura,
pusisteis tal donosura,
que, aun siendo vos tan hermosa,
fué la fiesta deliciosa
digna de vuestra hermosura.

■■■■■■■■■■

Si en Argelia vuestro esposo
representa dignamente
al pueblo español, valiente,
esforzado y generoso,
vos hacéis más prestigioso
su cargo en este solar;
pues podéis representar
brillantemente vos sola
toda la gracia española
y la argelina á la par.

■■■■■■■■■■

Y ya, señora, después
que esta obligada expresión

ALLENDE EL MAR

rinde la delegación
de Almería á vuestros pies,
tributo obligado es,
puesto que sois mi paisana,
salude con la galana
fe de la patria sencilla,
un hidalgo de Castilla
á una dama castellana.



XI.—LOS BANQUETES OFICIA- LES

XI.—LOS BANQUETES OFICIALES

El Sr. D. Eugenio Colombani, Caballero de la Legión de Honor, ex comandante del ejército francés, alcalde de Orán por elección unánime de sus compañeros, y en tal concepto delegado del ministro del Interior, jefe de sección de la policía judicial y presidente del Ayuntamiento, es uno de los más altos prestigios de la ciudad vecina. Su noble carácter, su prudente energía, su nativa modestia, su honroso pasado, su cortesía intachable y esa especial indefinible condición que los españoles llamamos «án-

gel», fuerza de atracción misteriosa, que seduce la voluntad y despierta la simpatía, justifican cumplidamente ese elevado concepto que el alcalde de Orán merece en su tierra.

A mí me es muy grato hacer de él este elogio. No en la gratitud, en la justicia se inspira; aunque si de la gratitud naciera, tampoco había que renegar del origen, que la gratitud es condición de almas nobles, de gentes bien nacidas. Y ahora que no suele prodigarse, bueno es que los que tenemos la dicha de sentirla hagamos de ella alarde y ostentación. Adelante.

El alcalde de Orán nos ha obsequiado una vez más: el obsequio ha consistido ahora en un gran banquete oficial, de etiqueta, al que han asistido la mayoría de los concejales del Ayuntamiento de la ciudad. Yo he

visto dos moros entre los asistentes, y antes de sentarme pregunto á mi amigo Oliva por la condición de aquellos extraños personajes, ricamente ataviados, pero un poco encogidos y silenciosos. Son concejales—me dice—; el Ayuntamiento se compone de treinta y seis consejeros franceses y seis moros, si bien estos últimos no tienen voz deliberativa ni voto, sino en determinados y especiales asuntos que afectan á sus compatriotas.

Nos sentamos. Yo sigo en esto de los puestos con la misma mala estrella que ya conocen mis lectores. Estoy entre dos concejales: uno de ellos anciano, grave y reposado; el otro, joven, alegre y bullicioso. Y apenas me siento, el caballero anciano me pregunta:

—¿Parlez vous le francais?

—No, señor; lo hablo tan mal, que no nos entenderíamos—le contesto con balbuciente chapurreo.

—¿Parlez vous l'anglais?

¡Atiza!—digo yo para mí: este señor me ha tomado por Lussning, el políglota de la partida.

El joven bullicioso, que sin duda ha escuchado la conversación, me dice, contestando á una pregunta que yo no le hecho todavía:

—Yo parlo l'español; mais lo parlo á la catalane. ¿Vosté no parla catalán?

—No, señor; yo no hablo mas que el español, cuando puedo: cuando me sucede lo que esta noche, no hablo ningún idioma, me callo, por mucho trabajo que me cueste.

Esto le dije, no con palabras que hubiera sido inútil emplear, sino con un gesto, ya que los gestos pertene-

cen al lenguaje universal, que se entiende en todas las naciones.

Romay, que ocupa el puesto que sigue al parlante de español á la catalana, habla con él en este dialecto. Creo que Romay es catalán; si no lo es, domina el lenguaje de aquella región española. Ellos se entienden perfectamente; pero el diálogo, aun siendo animado y vivo, no es obstáculo para que mi vecino coma con un apetito que á mí, pobre enfermo del estómago, me produce inevitable envidia. Creo que no he visto á nadie con tan excelentes disposiciones para la deglución, y cuidado que algunas veces he sentado á mi mesa á Teodoro Fernández, que no es ninguna tontería en eso de consumir manjares.

En mi obligado silencio me entretengo en repasar la mesa; como en en el banquete del cónsul, todo el

mundo charla alegremente. El alcalde, con su colega; Langle, con Oliva, que habla nuestro idioma como nosotros mismos; Pérez Cordero, con el primer teniente alcalde, que lo chapurrea con bastante claridad; González Egea, con Niviers, que también se deja entender; Pérez Márquez con otro concejal, casado con una española y por tanto español consorte, para los efectos del diálogo inteligible. Yo sigo entregado á mí mismo; alguna vez entiendo palabras sueltas de las que se cruzan entre los catalanes de mi izquierda, y observo, de paso, que Romay se ha contagiado del apetito de su interlocutor.

Por fin, llega la hora de los brindis: hablan los dos alcaldes y luego el primer teniente, al que entiendo algo, porque, aunque brinda en francés, lo hace reposadamente, con cierta so-

lemnidad y con expresión muy elocuente en la acción y en el gesto. El triunfo de la noche fué de Langle: hizo un gran discurso, en el que la elocuencia, con ser, como fué, brillante y fluida, no tuvo comparación con la oportunidad del tema, con la espléndida hermosura de ideas y conceptos.

No hay para un artista triunfo tan seguro y tan clamoroso como cuando acierta á recoger y expresar los sentimientos y las pasiones de los que contemplan su obra: el orador capaz de traducir las ideas del auditorio, ha de ser ciertamente aplaudido, aclamado con entusiasmo. Langle aquella noche, seguramente inolvidable para él, supo formular con vibrantes acentos de elocuencia y con frases calientes de patriotismo, aquel especial estado de protesta que

la visita á la clase de español del Liceo había despertado en todos nosotros. Habló de España, de sus grandes monumentos, de sus grandes hazañas, de sus grandes hombres; á cada párrafo le aplaudíamos con creciente entusiasmo. Cuando citó el nombre glorioso de Salmerón como el más grande de nuestros oradores, la ovación fué inmensa, abrumadora.

Langle me consoló de mi forzado silencio, me curó en parte la herida que la visita al Liceo me causara. Yo le aplaudí con toda mi alma: ahora tengo que repetir el aplauso y dejar el elogio impreso, para que sea conocido y divulgado. Todos sentíamos como Langre, pero él sólo fué el que tuvo la oportunidad de expresarlo, con viriles acentos de patriota y gallarda apostura de artista. *Suum cuique...*

El banquete de la Cámara de Comercio fué un acto importantísimo; puede ser, además, germen y origen de provechosos resultados. Don Juan Vives Valero es, además de presidente de la Cámara de Comercio española, su espíritu, su autor y su sostén. La Cámara vive por su presidente, el presidente vive para su Cámara: hay una hermosa, una franca cordialidad entre la sociedad y el director. También debemos á este noble y eximio caballero atenciones infinitas é inolvidables. Ni él ni la Cámara nos pueden ser nunca indiferentes. No fué este el único obsequio que de estos elementos mercantiles recibimos, pero fué el más solemne y el más importante.

Me apresuro á comunicar á los lectores que por fin me he colocado en un banquete con fortuna, bien enten-

dido que esto no tiene más alcance que el de la posibilidad de dialogar con mis acompañantes. El Sr. Arroyo, persona gratísima, y nuestro amigo Oliva fueron esta noche mis vecinos. Ambos hablan perfectamente el español. Oliva conoce además á maravilla nuestra rica literatura, especialmente la clásica literatura del siglo de oro.

El me habla de todos nuestros grandes escritores, desde Gonzalo de Berceo hasta Jacinto Benavente, desde el Arcipreste de Hita hasta Galdós y Valera. Me hace que le recite una estrofa, que yo recuerdo, del famoso Arcipreste; luego pasajes del Quijote, versos de Campoamor y de Núñez de Arce, y la famosa canción de las almas que el estupendo Benavente escribió en *Los intereses creados*.

A propósito de esta obra y de este

autor, yo le hablo de Molière y de sus *Preciosas ridículas* y luego de Víctor Hugo, de Lamartine, que fué mi autor favorito en una época de mi juventud, de Rostand y de su famoso *Cyrano*, de Diderot, de Daudet, de Zola, de los hermanos Goncourt, de Guy de Maupassant; le recuerdo la intensa poesía de *Los hermanos Zengano*, escrita por los primeros, y el brillante colorido de *Les termes de Mont Oriol*, del último; y luego, más extensamente, hablamos de los historiadores de la Revolución, de Castellar, entre los nuestros, de Michelet, de Thiers, de Blanc, de Lamartine, entre los suyos, á todos los cuales he leído con atención durante todo el invierno pasado. Le indico la poética belleza de la Historia de María Antonieta, de los Goncourt; pero él me hace un gesto de disgusto. Esto me

impide hablarle de Guizot, escritor reaccionario, á quien yo admiro mucho.

Y después de halagarnos, obsequiosos, del patrio amor, al puro sentimiento, empiezan los brindis: nuestro alcalde, al final del suyo, abraza, en señal de efusiva fraternidad, al alcalde de Orán y al presidente de la Cámara de Comercio: ellos le besan en ambas mejillas. Nosotros aplaudimos, conmovidos por este rasgo de amor entre representantes de pueblos é intereses tan generosos y elevados.

Luego brindo yo. ¿Por qué? Pues porque se empeñaron en que brindara. Langle y Pérez Cordero me comían á señas, Pérez Márquez y Romay secundaban esa actitud, y para colmo de compromiso, Valero, que enfrente de mí se encontraba, vino á mi lado y me puso de pie. ¿Quién re-

sistía tantos ruegos? ¿Quién negaba á Valero y á los demás amigos tal pequeñez?

El alcalde había hablado de pedir á los poderes públicos protección para las clases productoras. Yo, que no sabía de qué hablar, por la sorpresa del requerimiento, me dije á mí mismo: Esta es la mía; y por si no me veía en otra, aproveché nuestra estancia en país extranjero, y, rompiendo gallardamente todos los vínculos de la disciplina, arremetí, denodado, contra las palabras del alcalde.

Nada de protección de los poderes públicos: á trabajar, emancipados de toda clase de tutelas oficiales; el comercio no las necesita; no debe mendigarlas, sino merecerlas. Cuando los comerciantes ofrezcáis á los poderes públicos, en lugar de una súplica respetuosa, una realidad objetiva, gran-

de y cierta, los Gobiernos tendrán que recogerla en sus leyes: porque los Gobiernos son lo que quieren los pueblos que sean. A un pueblo grande, á un comercio próspero, no pueden corresponder Gobiernos que desconozcan ó nieguen su grandeza y su prosperidad.

Ovación. Ya contaba yo con ella: aquí y en Valladolid, el que habla mal de los Gobiernos tiene el éxito asegurado. Además, yo hablaba como periodista, y tenía que elogiar la actividad privada, el trabajo común, la fuerza de las colectividades laboriosas. Al Gobierno, contra una esquina.

Es la única vez que he hablado en revolucionario: quizás en esa cuerda está mi porvenir, como orador.

XII.—BOUISSEVILLE



XII.—BOUISSEVILLE

Aquella carretera construída en la falda de un monte, y cuyo trazado sigue todas las caprichosas sinuosidades, vueltas y revueltas, ángulos y curvas de la vecina playa; aquella carretera alegre, especie de balcón tendido sobre el Mediterráneo, que allá abajo ostenta sus verdes aguas rizadas de espumas; aquel camino tan semejante al nuestro de la baja mar, de que hablé en crónicas anteriores, va desde Orán al Cabo Falcón, pasando por Mazalquivir y Bouisseville. En este último paraje, donde los ora-

neses ricos han construído infinitas casas de campo destinadas al verano, hay un restaurant, que toma el nombre de la risueña playa, y allí hemos sido invitados á almorzar.

Yo tenía una gran ilusión por realizar esta correría: la situación y el trazado de la carretera, que había visto desde lejos, me hicieron concebir la esperanza de que desde aquella altura, y á la vuelta de cada una de las frecuentes curvas, debían descubrirse espléndidos cuadros de luz y de belleza; y aun cuando la realidad no fué inferior á la esperanza, no pude gozar á mi gusto de todos aquellos encantos; porque sobre ellos, y como agobiándolos por el peso de su grandeza pasada, meramente histórica, el famoso camino ofrece una abrumadora inevitable tristeza á los hijos de España. Todo habla allí de la Patria

grande y victoriosa, en las lejanías de su historia inmortal.

Allí están todas las huellas de nuestras dominaciones en Argelia, la de 1509 y la de 1708, el famoso asalto que inspiró Cisneros y realizó el conde Pedro Navarro, y la conquista del Conde de Montemar, que dió margen al gobierno del Marqués de Santa Cruz. ¿Quién podía sustraer el ánimo á la influencia de aquellas glorias pasadas, viendo ahora perdidas para siempre las tierras que costaron á España desvelos y sangre, política sabia y acción militar enérgica, rápida y victoriosa? Desde el 30 de Mayo de 1837, por el tratado de Tana, firmado por Abd-el-Kader, todo aquello, tan hermoso, tan alegre, tan oportunamente situado para las conquistas del comercio y para la acción gubernamental, pertenece á Francia.

La sublime inspiración de Cisneros, la valerosa energía de Pedro Navarro, el rasgo heroico del capitán Sosa, la brillante empresa de Carrillo de Albornoz y la prudente política del Marqués de Santa Cruz, no son ya mas que gloriosos recuerdos, que la Historia guarda como un esplendor de grandeza, ya extinguido en la realidad presente.

Apenas se abandonan las últimas casas de la ciudad, el fuerte que aun lleva el título del Marqués de Santa Cruz, deja en mi espíritu la primera triste impresión de nuestra actual desventura, comparada con la antigua española grandeza; poco más allá, la punta Lamoune, de donde se extraen las piedras para la construcción del muelle, me recuerda los trabajos de edificación del famoso fuerte; y pocos metros adelante, los baños

de la Reina, me hablan de la sublime grandeza de aquella ilustre D.^a Isabel la Católica una de las más excelsas figuras de la Historia. En la puerta y en los costados del pequeño y gracioso edificio, que encierra la gruta en donde nace el salutífero manantial, un letrero, escrito en francés, habla al viajero de la Reina inmortal y del ministro inolvidable.

¿Y qué decir de aquel pequeño pueblo, poco más lejos situado? Al llegar á Mazalquivir (Mers-el-Kebir), no hay manera de cerrar la memoria á todos los gloriosos recuerdos que encierra para España. Todo habla allí del Cardenal insigne. En aquel hermoso puerto natural, el mejor de la costa argelina, desembarcó Cisneros el 17 de Mayo de 1509; en aquella pintoresca villa de pescadores, el glorioso arzobispo obligó al conde Pedro Nava-

rro á realizar el asalto de Orán, sin perder ni siquiera los breves momentos que el jefe de las fuerzas expedicionarias consideraba indispensables para dar descanso á los soldados; y de allí salió al día siguiente, precedido de la gran Cruz de su iglesia, y revestido con toda la pompa de su elevada jerarquía, para tomar posesión de la ciudad, en cuyo instante á los que, encendidos de entusiasmo por la victoria, le aclamaban vencedor, contestaba con las sublimes palabras de David: *Non nobis, Domine, non nobis...*

Francisco Jover, el inspiradísimo pintor alicantino, inmortalizó en cuadro famoso uno de los momentos más conmovedores de la hermosa jornada: aquel instante sublime en que el Cardenal, generoso después de la conquista, pone en libertad á los cau-

tivos que en las cárceles sombrías yacían tal vez olvidados. De esa obra artística se hará en este libro una reproducción, que debo á la galantería de los editores.

A poca distancia de Mazalquivir, en las Aguadas, vuelven á la memoria aquellas épicas grandezas, y allí recuerdo, con la misma invencible tristeza, que en aquella playa risueña, en que el mar parece un lago azul, sin un girón de espuma, Cornejo y Montemar desembarcaron en 29 de Junio de 1732 las fuerzas españolas que habían de realizar la segunda conquista. Todo eso se ha desvanecido, es una noble ejecutoria de nuestro nombre glorioso y de nuestros altísimos destinos. Nada más. Un recuerdo de esplendores pasados, que no han llegado hasta nosotros sino como una leyenda épica, que enalte-

ce á aquella España, á la España conquistadora y triunfante, que ensanchaba cada día su territorio y su dominación.

A trece kilómetros de Orán, y en el borde de la playa alegre, que no hemos dejado de admirar desde el camino, está Bouisseville. Entre la carretera y el mar no se interrumpe la continuidad de las edificaciones: son unos hotelitos, pequeñas casas de campo, algunos edificadas con gran lujo, que los oraneses habitan durante los rigores de la estación veraniega: son casas de baños, construídas muy cerca de la playa, para gozar desde ellas del espectáculo siempre bello del mar azul, y para aspirar sus frescas brisas seductoras y sumergir los cuerpos ardorosos en sus aguas.

En la misma línea de estas edifica-

ciones se alza gracioso y encantador el restaurant: es una gran azotea con artística baranda, erigida sobre las mismas arenas, que lamen las olas. Aquel es el comedor y quizás todo el edificio. No hay allí adorno alguno: la naturaleza es tan espléndida, el paisaje tan bello, la luz tan viva, que no podrían los hombres, ni aun con grandes esfuerzos, aumentar el encanto del cuadro. Un piano es el único mueble de la estancia, cuyas paredes son lonas que se descorren y permiten mirar y admirar todos los pintorescos y floridos alrededores.

Un almuerzo servido en tal paraje, en un escenario como aquel, tenía que ser forzosamente íntimo, alegre y bullicioso. Y lo fué en efecto. Las horas transcurrieron inadvertidas, en cariñosa fraternidad. Mr. Pimienta, *el sevillano*, fué el héroe de la comi-

da. Cantó, bailó, ya solo, ya de pareja con Rodríguez Burgos ó con Moreno Nieto, recitó versos y cuentos del color del mar encrespado, tocó al piano marchas francesas y españolas y tuvo para el *champagne* los más delicados obsequios. Romay fué á ratos su musa, Rodríguez Burgos su colaborador, Lussning su complemento.

Un poco aplacado el vicesecretario del comité de fiestas, Pérez Márquez preludia en el piano las delicadísimas frases de la sinfonía de *Cavalleria rusticana*, esa preciosa página de Mascagni. Al llegar el momento de la famosa y popular siciliana, Moreno Nieto se arranca con dulces acentos de tenor y canta el rítmico y cadencioso monólogo; pero el dichoso vice, perturbador y alegre, no le deja acabar, tómale en bra-

zos y sale bailando, no sé si una mazurca ó una habanera, al son de la preciosa música del gran maestro italiano. Un rasgo de locura parece que se ha apoderado de algunos comensales. Sin duda la alegría bulli-ciosa se contagia.

A estas alturas los ánimos, y á tales presiones los espíritus, proyecta Rodríguez Burgos que brindemos todos,

el uno del otro en pos:

el proyecto es recibido con turbulenta contradicción por el respetable público; algunos comensales, la minoría, aceptan el chaparrón; los demás, la mayoría, nos oponemos resueltamente á la tormenta de prosa con que se nos amenaza. El debate es vivísimo, enardecido, lleno de pasión y salpicado de voces atronadoras. Pero al cabo pasa el peligro, los ánimos se

van serenando y la Oratoria sonrfe tranquila, libre al fin del ultraje espantoso con que la amenazaban por unos instantes la alegría bulliciosa de cuatro estómagos agradecidos y de algunas fauces espléndidamente regadas por el *champagne*.

Sigue la música: ahora suenan las notas alegres de las malagueñas, de las granadinas, de todas las clásicas canciones andaluzas; luego se escuchan otras composiciones populares francesas, que el propio *sevillano* y sus compatriotas entonan con toda la fuerza de sus pulmones; después los trozos más conocidos de las zarzuelas españolas en boga; y próximo ya el regreso, y preparados los automóviles, el famoso

Ay, ba; ay, ba

de *La corte de Faraón* cierra el cuadro de los cánticos estruendosos, con-

secuencia indeclinable de un almuerzo espléndido en las soledades del campo y á la orilla del mar.

Ya he dicho que los automóviles esperan: los hay para todos los gustos, rápidos, casi vertiginosos, pacíficos y prudentes, según sus fuerzas, y más especialmente según los ímpetus del carácter de sus guidores. Yo que soy poco aventurero, y que no creía oportuno estrellarme los sesos contra las canteras de Punta Lamoune, me acomodo con Bearlliere, que me parece el más sesudo y pacífico de cuantos actúan de *chauffeurs*. Conmigo van el alcalde de Almería y Plácido Langle: toda la gente grave y de peso nos hemos decidido por la prudencia. Allá van Pérez Cordero y Valero en un automóvil que parece un esquife, y que corre con rapidez que le hace invisible. El suicidio tie-

DAVID ESTEVAN

ne muchas formas, se puede intentar de mil maneras; pero sólo Dios es grande, según la frase famosa de Bossuet.

En el regreso, no puedo evitar que vuelvan á mi memoria todos los gloriosos recuerdos, que me inspiran aquellas fortalezas y aquellos parajes, tendidos á lo largo del camino: vuelvo á recordar nuestras pasadas grandezas, y á veces un rayo de esperanza, ilumina mi espíritu con las claridades de la fe, de la fe en nuestros gloriosos destinos y en nuestra misión providencial.



XIII. —LA FÁBRICA DE TABACOS

XIII.—LA FÁBRICA DE TABACOS

Aquél que no haya visto en un patio, que parece andaluz, por los rojos claveles de sus macetas, por el alegre verdor de la parra que extiende sus ramas, prestándole dulce sombra, y por el azul del cielo que sobre los pámpanos se extiende diáfano, sin una nube, á unos cuantos centenares de cigarreras, bulliciosas y alegres, bebiendo *champagne*, aclamando á España con entusiasmo clamoroso, y aplaudiendo, frenéticas, aires de música española, que una banda ejecuta en el centro del patio, no ha visto un

cuadro de espléndida hermosura, en el que se han combinado todas las bellezas: flores y mujeres, música y luz.

Yo he visto todo eso en una tarde de primavera, á la luz de un sol ardiente, que quiebra sus rayos en las espumas del vino generoso, acariciado por una brisa que hace ondular millares de banderas, que ponen delante de mis ojos los colores emblemáticos de mi patria, recibiendo obsequios y atenciones, en que la esplendidez oriental se combinaba gentilmente con la distinción más exquisita; todo ello ideado, y presidido, por una familia de antiguo abolengo español, que guarda las tradiciones de la patria, y habla su lenguaje, y ama y reverencia sus históricas grandezas inmortales.

En la calle en que está sita la fábrica, la policía procura mantener á ra-

ya la masa humana que escucha la música, y espera, ávida de curiosidad, nuestra visita. La circulación se ha interrumpido, la calle está invadida por la multitud: sólo queda un espacio para que puedan pasar las comisiones. En la puerta nos recibe con fraternal afabilidad, el dueño de la fábrica, don Juan Bastos, acompañado de sus hijos y colaboradores. A nuestra llegada, el señor Bastos, nos presenta el alto personal de aquella industria, y nos ofrece, con insinuantes frases expresivas, su amistad y su afecto. Habla el español, con prosodia netamente castellana.

Entramos. Vemos primero los inmensos depósitos de hojas de tabaco, preparadas para la elaboración; después las máquinas resonantes y poderosas, ágiles guillotinas que van cortando las hojas, para la fabrica-

ción de los cigarrillos; luego la imprenta, donde se componen y tiran las cubiertas, que forman los paquetes, y las que envuelven las cajas; y más allá las salas destinadas á la elaboración de los embases donde han de encerrarse los cigarrillos de papel, y al lado el taller donde se construyen los pequeños cajones, en que se colocan los cigarros. Todo ello es animado, alegre. No hay nada más alegre que el trabajo honrado, que se realiza con noble afán, y que consigue por la continuidad del esfuerzo, y por la proporción de la recompensa, establecer una cordialidad afectuosa entre obreros y patronos.

En la casa del señor Bastos, esa cordialidad es íntima, estrecha, encantadora. Bien pronto se observa, que allí los jefes, y los subalternos, y los trabajadores, están ligados por fuertes

vínculos de recíproco afecto: nótase en la forma expresiva con que dialogan, en la efusión afectuosa con que se atienden, en la compostura y miramiento con que mandan los que mandan, y en el respeto y sumisión con que obedecen los mandados. En todos los talleres, y en sitio visible, hay un letrero que marca la capacidad atmosférica de la habitación y el número de obreros que puede trabajar en ella. El orden y la higiene, adviértense en todos los detalles. Vamos encantados.

De pronto, y mientras subimos una escalera, que á los altos talleres conduce, percibimos la creciente algarrabía, que acusa la proximidad de un gran concurso de mujeres, lo que llamé, en una de mis crónicas anteriores, ecos seductores de charla femenina. Expectación: algunos señores

se estiran el chaleco, se arreglan la corbata, se atusan los mostachos, y lanzan desde el alto bolsillo de la americana, una cascada de pañuelo blanco, que cae graciosamente sobre el costado. No cito nombres, para evitar divorcios y otros excesos.

Los consabidos ecos seductores, mezclados con las risas bulliciosas de una juventud que trabaja, se perciben más cerca cada vez. Un poco más, y las bocas que sonrían están en nuestra presencia. Entramos. En varias habitaciones, que entre sí se comunican, hay unos cuantos centenares de mujeres, la inmensa mayoría jóvenes, muchas bonitas, casi todas graciosas y todas... mujeres: las rubias y las negras cabelleras, los ojos azules, verdes y garzos, las modestas vestiduras de tonos claros, dejando al aire los brazos redondos, los

cuerpos doblados sobre las mesas de trabajo, que permiten admirar las nuca tentadoras... ¡la mar! El caballero del pañuelo, acaba por tirar de él con brillante resolución, y se limpia pausadamente los bigotes.

Pausa y pequeña revista general, mientras los cronistas tomamos cuatro apuntes. De ellos resulta, que en la fábrica trabajan actualmente seiscientos obreros, entre los cuales figuran quinientas mujeres; que la jornada media diaria es de diez horas; que el jornal oscila desde tres á seis francos, según la cantidad y clase de trabajo que se ejecuta; que las máquinas marchan durante quince horas al día, y que el máximo de producción ó de labor, lo ha realizado la operaria María Vidal, que llega á elaborar hasta cinco mil cigarrillos en una jornada. Nos presentan aquella actividad pro-

digiosa, y resulta que además de tan admirables facultades para el trabajo, gasta un palmito, de esos de días de fiesta:

... En sus celestes ojos
luce el fulgor sereno de los astros:
sobre su fresca boca, la sonrisa
vuela, como pintada mariposa,
en torno de un clavel...

Continuamos nuestra ascensión: en lo más alto del taller, está la sala destinada á la fabricación de cigarrillos con papel contínuo, los cigarrillos más elegantes y más raros que allí se confeccionan. Las máquinas para su elaboración son lindísimas: si no tuvieran tan enorme tamaño, parecerían, por su limpieza, por la sencillez de su mecanismo, por la forma de su manejo, y por el procedimiento de su producción, preciosos juguetes para entretener los alegres ocios infantiles. El tabaco, desde un gran depósi-

to, cae por un plano inclinado, en una especie de pequeño cauce: sobre éste pasa la cinta de papel contínuo, que unos resortes invisibles arrollan, dejando el tabaco prisionero; el interminable cigarro corre por el cauce buscando la salida, y en las proximidades de ésta, dos cuchillas automáticas le cortan, y van produciendo, uno á uno, los cigarrillos del tamaño corriente. Todo esto es vertiginoso: no apunté el número de cigarrillos que se produce en cada jornada, pero recuerdo que se eleva á una cantidad fabulosa.

Ha llegado el momento de los obsequios, y para recibirlos, bajamos al patio, á aquel famoso patio andaluz, de que hablé al principio. En él nos esperaba la familia de Bastos, presidida por la esposa de su hijo don Fermín, una morena encantadora:

negros ojos meridionales, de lucientes pupilas, sombreados por largas pestañas, que realzan la belleza de su mirar; tez blanquísima, que en las mejillas toma los tonos delicados de las rosas; labios que de los rojos claveles de las macetas andaluzas han copiado el vivo color; y todo ello iluminado por una sonrisa en que parece que la gracia y la bondad se asoman abrazadas. Ya tuvo alguien la oportunidad de declararla, que á un hombre de tanto mérito como su marido, no podía corresponder más que una mujer como ella.

—No admito los piropos, no los quiero—contestó, graciosa y modesta—porque sobre no merecerlos, no acierto á contestarlos. Las mujeres andaluzas saben responder á esas galanterías: á mí no se me ocurre más que agradecerlas.

Se suspende el trabajo y bajan al patio las obreras; y ya desde este instantante empieza la etapa alegre, iba á decir revolucionaria, de la visita. Cánticos, música, discursos, vivas, hurras, aclamaciones, aplausos, ¡olés! netamente andaluces, que rasgan el aire, taponazos del *champagne* que hierbe luego dorado y espumoso en las copas, brindis generales y particulares, y no sé si personales y particularísimos, diálogos chispeantes, en los que brilla y campea la sal andaluza, piropos y donaires y saetas; en fin, toda la escala de la alegría.

Una comisión de obreras formada por Julia Asensio, María Vidal, Julia Ranera y Clotilde Bruisset, dirige toda aquella complicada y seductora maniobra de los obsequios y de las atenciones, en un ambiente de luz y de simpatía: la primera de las nom-

bradas salta, ágil, sobre una silla, en el centro del concurso situada, y lee un precioso discurso de salutación y bienvenida, con vibrantes notas de amor y de recuerdo imborrable á la madre España. Viste de blanco, y cruza el busto airoso y gentilísimo, con bandas de los colores nacionales, franceses y españoles.

Suena una inmensa salva de aplausos y una aclamación entusiasta, que parece un estridente grito de amor. El Alcalde contesta al discurso de la obrera, emocionado y conmovido, por tantas muestras de afecto y simpatía. Renuévanse los aplausos, y la muchacha desciende de la improvisada tribuna y regala al Alcalde unas boquillas de ambar y dos besos sonoros que llevarían también el ambar de otra boquilla: de la suya, pequeña y graciosa. Después se acerca al

maestro Barrenas, que recibe, como el Alcalde, su doble regalo de pipas y besos.

Ovación indescriptible, ensordecedora, estupenda. Algunos delegados se acercan al grupo, sospechando que lo del reparto de besos se va á generalizar; pero ¡ay! los besos se han extinguido. Los aspirantes vuelven á limpiarse los labios, que descoloridos y secos, quedaron esperando las frescas mejillas que no se les ofrecieron. Se encandilan algunos ojos y se alargan algunos dientes. Y apartados del grupo, los periodistas, atentos solamente á los deberes de la información, tomamos rápidamente apuntes para nuestras crónicas. Somos los héroes de la observación y del silencio.

Subimos de nuevo á la fábrica para visitar los talleres destinados á la

confección de cigarros puros. Pero el *champagne*, los brindis y hasta los besos, han puesto en todos los espíritus, un dulce anhelo de amor y de alegría, superior á todas las tentaciones de la industria y del comercio. Aún los que no hemos sido besados, llevamos en el alma, ya que no en las mejillas, la huella de la caricia seductora; yo recuerdo el gentil donaire con que escribió el estupendo poeta asturiano:

un hombre de corazón
habrá podido sentir
en Cádiz repercutir
un beso dado en Cantón.

Y así, en esta segunda etapa de la visita, sobre el aspecto de los talleres, sobre la forma de la producción de los cigarros, sobre su factura realmente curiosa, sobre su colección y almacenaje, sobre su clasificación y

precio, se nos muestra encantadora, con el encanto insuperable de una belleza netamente clásica, la figura de una cigarrera, española ella, hermosísima ella, deslumbradora ella, que descubre Rodríguez Burgos, en el centro de un corro de compañeras alegres, que nos miran pasar con esa curiosidad picante, un poco burlona, de las mujeres en colectividad.

Doncella más hermosa no ha nacido
en la comarca que fecunda el Betis:
su cuerpo virginal, gallardo, ostenta
la airosa curva y el contorno puro
de ánfora griega...

Hasta los graves varones republicanos, quédanse estupefactos ante la gentil hermosura de la zagala, que advertida al fin de la ferviente admiración que ha despertado, esconde ruborosa entre sus compañeras, los esplendores de aquella belleza insuperable.

Fué esta aparición digno remate de la visita encantadora: hemos recibido durante ella toda clase de gratas impresiones: la del trabajo, que produce y redime; la de la industria, que transforma y enriquece; la del pátrio amor, que honra y regenera; la de la hospitalidad generosa, que obliga y rinde; la de la belleza, que seduce y encanta; la de la música, que entusiasma y conmueve. En la vida humana, son bien raros los días dichosos. ¿Cómo olvidar este, tan grato y seductor, ni á través del tiempo, ni entre las impurezas de la realidad monótona?



XIV.—EL HOSPITAL CIVIL

XIV.— EL HOSPITAL CIVIL

Hace ya algunos años, que la desgracia, esa señora enlutada y caprichosa, que va visitando por turno casas y familias, produjo en las mias una inmensa desventura. Compadecido de mi infortunio, un amigo mio, que había devorado la propia amargura, Pepe Jesús García, publicó en su periódico un hermoso artículo, unas cuantas frases esmaltadas de bellezas. La primera, la inicial de aquella composición literaria era esta: el dolor es una majestad.

La hermosura de esa frase y las amargas y tristísimas circunstancias

en que yo me encontraba, cuando se escribió, hicieron que se gravara en mi memoria, como si en ella la hubieran esculpido. No he podido olvidarla; y al entrar hace días, con mis compañeros de comisión, en el hospital civil de Orán, súbitamente sentí que la frase bellísima de mi amigo, me subía del corazón á los labios, y pugnaba por dejarse oír, en esta forma: el dolor es una majestad, descubrámonos ante la majestad del dolor.

Entramos, en efecto, descubiertos en la calle central del soberbio edificio: en ella, la banda municipal de Almería, entonaba vibrante el himno nacional de Francia. Cuantos escuchaban permanecían en pie, en actitud respetuosa y con las cabezas desnudas: yo, pensando en los intensos dolores, que en aquella, como en todas las horas sombrías de la enferme-

dad, se estarían devorando en los pabellones que á uno y otro lado se veían; yo, digo, pensando en esto, y por un efecto de auto sugestión muy frecuente, veía á todos aquellos hombres sanos y vigorosos, descubiertos, como yo, no solo ante el homenaje nacional, sino ante la majestad del dolor, que allí tiene un palacio y un templo.

No estrañe el lector benévolo, que me muestre ahora tan tristón y sombrío, yo, que en estos artículos, me he presentado ante él, tan regocijado. Si en el mundo hay algo triste, verdaderamente abrumador, es una mansión de enfermos. A mí, al menos, nada me produce impresión tan desconsoladora, ni siquiera el cementerio, porque la muerte al fin, es paz y descanso, y quien sabe si también recompensa; pero el dolor es la incerti-

dumbre, es el pesimismo, y el pesimismo, según frase admirable de otro amigo mío, es peor que la muerte, porque el pesimismo es, á la manera de un muerto, que tuviera maceradas sus carnes y oprimidos sus huesos, por la tierra inmóvil de su propia sepultura.

Los oraneses hablan con orgullo de su hospital: hacen bien, es un orgullo legítimo y fundado. Si en el mundo hay alguien que tiene derecho á una casa de lujo, es el desdichado: y los pueblos que son capaces de levantar palacios para la instalación y cura de los enfermos, con razón deben mirarse á sí mismos, con el orgullo y la satisfacción que sienten los hombres honrados, cuando han cumplido un deber, que en cuanto sea menos exigible, en forma coactiva, es doblemente honroso y meritorio.

Para formar una idea de la importancia de aquel establecimiento sanitario, bastará con apuntar: en cuanto á su extensión, que ocupa una superficie de tres hectáreas; en cuanto á su capacidad, que consta de cuarenta y ocho pabellones; en cuanto á sus beneficios, que se asisten actualmente seiscientos cincuenta enfermos; en cuanto á su higiene, que cada sala de operaciones tiene adscrita otra, para la esterilización de los aparatos, y cada pabellón, departamentos auxiliares, para todas las exigencias del aseo; en cuanto á su riqueza, que cuesta anualmente su sostenimiento seiscientos mil francos; en cuanto á su cultura, que se está construyendo una sala especial para los enfermos infecciosos, en la que cada uno ocupará un compartimiento de cristal, para que esté aislado, pero no solo; y en

cuanto á su arquitectura, que los gastos de construcción, se elevan á una cantidad, próxima á seis millones de francos.

El hospital pertenece á Francia y á la ciudad de Orán: el Estado francés y el municipio de la villa argelina lo construyeron, y ambas entidades atienden, en proporciones convenidas, á su sostenimiento: el Estado con el abono de las dos terceras partes de los gastos, el Ayuntamiento con el pago de la tercera parte restante. De ello hay que deducir el importe de las pensiones que satisfacen los enfermos ricos, pudientes, que pagan, según especiales reglas, discretamente combinadas, de siete á quince francos, por estancia, ocho francos, como tipo más corriente y general. Los enfermos pobres se calcula que producen

al hospital un gasto diario de 2'10 francos, próximamente.

Nosotros visitamos, con algún detenimiento, varios pabellones: el de partos, el de cirugía, el de enfermos tuberculosos. En el primero, existe una sala destinada á ese proceso cruel que transcurre desesperante y horrible, desde los primeros signos hasta el alumbramiento: otra, para la estancia de las madres, durante los tres primeros días del puerperio; otra, para los sucesivos días, hasta la normalidad; y otra, en fin, para las operaciones. Complementan el pabellón, las dependencias consiguientes para baños, lavabos y retretes.

En el pabellón de cirugía se ha estudiado, con el mayor esmero la intensidad de la luz y su dirección; la facilidad de emplear todos los medios de asepsia, que la moderna ciencia ha

logrado reunir, con verdadera esplendidez, y especialmente la esterilización de los instrumentos quirúrgicos, encerrados en magníficas vitrinas, al lado de las cuales se ven los auto-claves, destinados al propio fin de conseguir una asepsia absoluta.

En el pabellón de tuberculosos, vimos un pobre hombre joven, con todas las huellas de una muerte próxima en la faz desencajada. Hablamos con él, díjonos que era de Almería, su nombre, su profesión y el principio de aquella gran desdicha. Del fin no nos dijo nada, ni hacía falta: ya lo pregonaba, claro y próximo, la lividez de su semblante. Quien pudo, le dirigió frases de consuelo, quien quiso le socorrió con plausible largueza: yo ni al consuelo pude coadyuvar, ni en el socorro tomé participación. Allí sí que se me salía á los labios, irre-

sistible y desgarradora, la frase de Pepe Jesús: el dolor es una majestad.

Mr. Beynet, director administrativo del gran centro benéfico, fué para nosotros guía ilustrado y amigo cariñoso: nos acompañó en toda la visita con las más solícitas y expresivas manifestaciones de amabilidad y benevolencia. La hermana Santa Pola, de la Orden de Trinitarias, ayudó al director en su tarea.

Yo, que me imaginaba que en Francia y sus dominios no quedaba una monja, ni para un remedio, pregunté á Oliva, que también nos acompañaba, si realmente eran monjas aquellas mujeres modestas y simpáticas, que con tan exquisito celo y tan dulce amor, parecía que cuidaban de todos aquellos centenares de infortunados.—Monjas son—me dijo—pero se irán pronto, tan luego como se forme

el cuerpo sanitario de enfermeros, que ya están cultivando los correspondientes estudios profesionales.

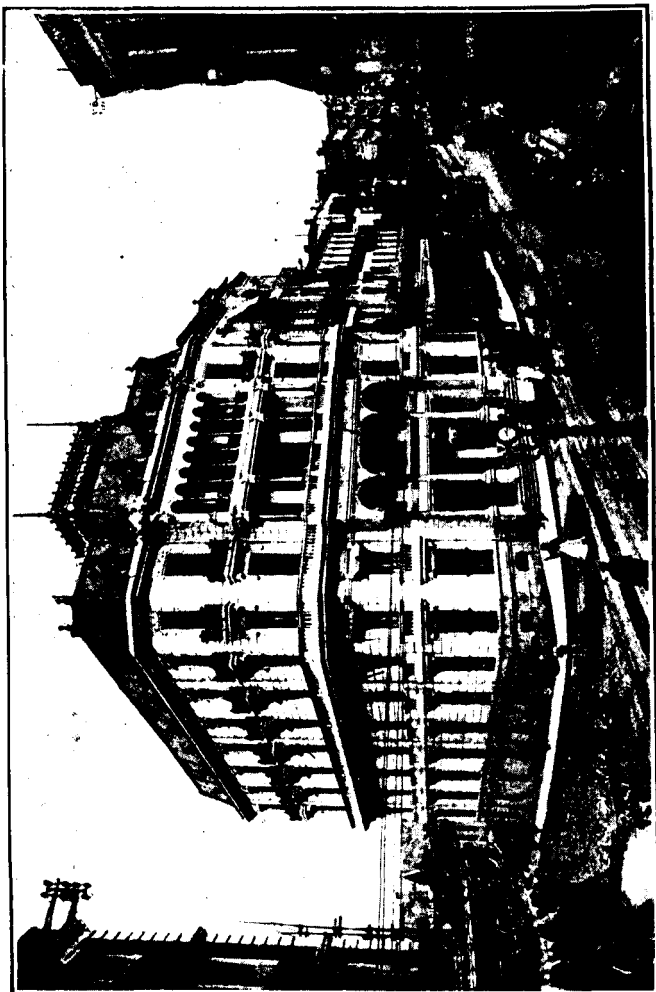
Yo no he ido á Orán á estudiar su política, ni mucho menos á censurarla: sería eso ahora, grave inoportunidad; pero ¿por qué no he de decir, que sentí una grande, una inmensa tristeza, pensando que aquellas santas mujeres serían en breve plazo despedidas, de una mansión, en la que por amor á Dios, y por espíritu de fraternidad con el prójimo, estaban realizando una misión tan alta, tan difícil y tan honrada?

Prescindiendo ahora de toda creencia religiosa, yo no quiero distinguir á los hombres más que en dos grandes grupos: buenos y malos. Pero no me atrevo á preguntar á los primeros, por qué lo son, ni á los segundos, por qué no quieren, ó no pueden, ó no

saben serlo. Si aquellas pobres mujeres hacen una buena obra, ¿qué más da, en un sentido meramente social, que la ejecuten inspiradas por una idea ultra humana, que por mera filantropía?

Y ¡al pensar que en un instante, quizás próximo, las humildes trinitarias, llorosas y resignadas, abandonarán aquel asilo de la desgracia, donde tantas lágrimas enjugaron, y tantos dolores compartieron, y tanta gratitud hicieron despertar, volvía á la frase del ilustre periodista, mi colega, y repetía, en lo más íntimo de mi corazón: el dolor es una majestad, pero los tronos en que esa majestad ostenta sus regio atributos, son infinitos.

■■■■■■■■■■



EL BOULEVARD SEGUÍN

XV.—EN EL BOULEVARD

XV.—EN EL BOULEVARD

Desde la puerta del hotel vemos desfilas aquel conjunto abigarrado, lleno de color y de vida, que el Boulevard ofrece á la hora del crepúsculo, esa hora crítica en que los altos y los humildes parecen empujados, por secretos impulsos de la voluntad, al paseo bullicioso, á la estrecha aglomeración de la acera, ante los escaparates que empiezan á alumbrarse. La hora de las grandes caídas, llamaba á esta del obscurecer un famoso autor cómico español.

Nosotros hemos formado grupo en

derredor de una mesilla de mármol, sobre la cual la cerveza espumosa y dorada nos invita á calmar la sed, desde los vasos gruesos, con asas, en que nos ha sido servida. He aquí un gran observatorio para estudiar todos los fenómenos que ofrece la vida en la calle, en la calle aquella, elegante y limpia, puesta de moda por el hábito, á veces inconsciente, de las muchedumbres.

A nadie conocemos: cuantos discurren por ambas aceras nos son indiferentes, tal vez los vemos ahora por primera y última vez. Pero por la costumbre de mirar atentos estos grupos caprichosos que forma y disuelve la casualidad, ó por la influencia de nuestra propia imaginación que, sutil ó imprudente, sustituye la hipótesis por la realidad, ó convierte la apariencia en certidumbre, preten-

demostremos simbolizar en cada persona y en cada grupo aquel sentido de la vida que más armónico se ofrece con el exterior aspecto de los que caminan por la calle. Cualquiera que haya mirado con atención este espectáculo, más nuevo cuanto más repetido, no se habrá librado de la presencia de estos fantasmas involuntariamente evocados.

Como en todos los pueblos grandes, las gentes caminan con rápido andar, como si, avaros del tiempo, quisieran consumir la menor cantidad posible de ese gran tesoro que pocos, muy pocos, saben usar con prudencia y con orden: van y vienen, suben y bajan, cruzan la calle y en las revueltas de las esquinas surgen y desaparecen, sin perder un ritmo que parecería estudiado en cada uno, si no fuera tan general y tan uniforme.

He aquí una familia burguesa bien acomodada: dos niñas espigaditas, pero en las que todos los signos de la feminidad se ofrecen todavía embrionarios, caminan de bracero, envueltos los cuerpos angulosos en los blancos vestidos que dejan visibles las botitas altas, de crecidos tacones; detrás una señora gruesa, sofocada por el calor y un poco encendido el semblante por la viveza de la caminata, ostenta su belleza en ocaso, junto á un caballero peliblanco, también mofetudo y metidito en carnes. Ella sostiene con ambas manos la falda de seda, que parece abrumarla, entorpeciendo la libertad de sus movimientos; él lleva sobre el occipucio el sombrero, y ostenta la frente desnuda y sudorosa. Rosas de primavera y rosas de otoño, todas nacidas del mismo tronco, en distintos días.

Por la acera de enfrente, conservando la equidistancia, á pesar de todos los inconvenientes que puede ofrecer la abundante circulación, dos chicos cuyos nombres figurarán probablemente en la matrícula del Liceo, siguen y persiguen á las vírgenes blancas, tratando de ocultar aquella persecución un poco insolente, á los respetables y sudados papás, que en grave silencio caminan en pos de las niñas, ajenos al infantil asedio de los escolares. Es una esperanza de amor, que nace en mitad de la calle, en plena infancia, prematura é irreflexiva. ¿Qué será después? ¿Realidad, quimera, desistimiento ó desengaño? Quizás ofrezca un poco de toda esta graduación progresiva. Pocos espíritus viven en un estado inmanente: pocas voluntades caminan siguiendo una sola dirección.

Grupos de obreros de los dos sexos marchan detrás de los escolares impacientes de amor: los hombres son rudos, modestos y callados; las mujeres más perfiladas en el vestir, más atildadas en el personal aseo, más gentiles en el paso y más distinguidas y desenvueltas en el ademán, charlan locuaces, en voz alta, juzgando los trajes y los sombreros de las damas y las espléndidas instalaciones de los escaparates. Ellos, más fuertes, parecen fatigados y mohínos: ellas, más débiles, caminan animadas y bulliciosas.

De la plaza de las Armas desemboca ahora en el Boulevard una pareja gentil, que parece ajena al bullicio de la calle que hierve. Van enlazados del brazo: el del caballero se desliza sobre el de la dama, y al extremo, ambas manos enlazadas se juntan,

apoyada la de ella en la del acompañante. No hablan, se miran, se estrechan en las revueltas y apreturas de la multitud, se adaptan á todas las situaciones que ésta ofrece, con el instinto de la unión, que á toda costa conservan. Ella, en aquel flujo y reflujo incesante del caminar vertiginoso, parece escudarse echando su cuerpo airoso y gentilísimo sobre la masa erguida y apuesta del caballero, y él parece recibir con orgullo de poseedor satisfecho aquella debilidad que de su fortaleza se ampara.

Viéndolos tan callados, tan juntos, tan cuidadosos de conservar esta proximidad, viene á la memoria el verso famoso del poeta de las rimas, que yo deslizo al oído de Pérez Cordero, muy atento al espectáculo interesante y seductor de la pareja:

Es el amor que pasa.

Junto al escaparate amplio, resplandeciente y tentador de una joyería, hay un grupo de caballeros «en mediano uso», vestidos con irreprochable atildamiento, muy enguantadas las manos, muy floridas las solapas de los *chaquets*, muy brillantes las joyas que sobre las corbatas ostentan sus piedras de lujo. Son los caballeros expertos, los espíritus prácticos, los grandes maestros de la admiración femenina, que eligen, hábiles, el sitio de más luz y de más atractivos, para mirar á su gusto á las bellas, que, ya complacientes, ya desdeñosas, paran los bustos ante el escaparate, para ser admiradas á satisfacción, ó abandonan la acera y al arroyo huyen de aquella galantería de moda, seductora ó impertinente,

.....según el color
del cristal con que se mira.

Entre los grupos de todas estas gentes, que visten, andan y se miran á la europea, adviértese frecuentemente la arrogante figura de un moro, que camina erguido, con la peculiar y jactanciosa elegancia de su raza. Desnudas las piernas, envuelto el tronco por el jaique blanco, que ondula rítmico al marcial movimiento del dueño, sobre cuyo pecho lucen cadenas y adornos, un poco femeninos, sus vivos fulgores, y rodeada la cabeza por el turbante pesadísimo, que entre sus dobleces la aprisiona, el hijo del desierto parece entre la multitud que su elevada estatura y su fiera arrogancia dominan, no un sometido, resignado ó satisfecho, sino un conquistador que pasea sus triunfos abrumadores sobre los vasallos de su jerarquía.

Chicos moros, generalmente sucios

y desarrapados, andan de acá para allá, entre las gentes, pregonando periódicos y ofreciendo los humildes servicios de su profesión de limpia botas. Son pegajosos, irresistibles, más insistentes y audaces que nuestros legendarios y famosos betuneros. No se me ocurre un término de comparación más expresivo para pintar su inaguantable mosconería.

De vez en cuando cruza el Boulevard la figura un poco grotesca de una mujer mora. Nada más original y sorprendente que estas arcaicas representaciones de tipos y costumbres que apenas podemos concebir ahora. Las blancas vestiduras, toscas, desangeladas, pero chillonas y como presuntuosas, envuelven toda la figura femenil, y cubren el rostro, del cual sólo puede advertirse un ojo, que les sirve de guía en su pausado caminar.

Son las únicas que en aquel vértigo andan calmosas, sin apresuramiento. No parece sino que esta lentitud del paso es algo simbólico, que podría aplicarse igualmente á la imperturbable calma con que su raza ve pasar á lo lejos la civilización, sin osar acercarse á ella, deslumbrada y como cohibida ante la espléndida luz de lo nuevo.

Poco á poco la noche ha ido cubriendo de sombras la ciudad: los poderosos focos eléctricos y las vivas iluminaciones de los escaparates sustituyen á la luz del sol, que ya se ha extinguido después de los últimos rojizos resplandores del crepúsculo. Este es el momento en que el cuadro se ofrece con mayor intensidad de vida y de acción: el concurso es más numeroso, el caminar más lento por la enorme aglomeración, las conver-

saciones más vivas, el público más selecto y elegante. Los humildes comen más temprano, y ahora brillan en todo su esplendor las lujosas *toilettes* de las damas, las joyas con que se adornan, la graciosa desenvoltura con que caminan. Varias pecadoras, arrogantes, lujosas y provocativas, dan á la fiesta el tono chillón y desenfadado de su desenvuelta apostura y su inquieto caminar entre las masas.

Por el arroyo pasan silbando estridentes los automóviles de los poderosos, los coches guiados por moros vestidos á su natural usanza, y los tranvías que poco á poco van transportando aquel enorme y macizo concurso á todos los ámbitos de la ciudad.

Es la hora de comer y los comisionados nos dirigimos á la *brasserie*,

ALLENDE EL MAR

donde nos esperan nuestros anfitriones. Mientras caminamos hacia el restaurant, yo cuento el número de los que me acompañan. «A tout complet», no falta nadie: en la hora de las grandes caídas, no ha caído ningún almeriense.



XVI—LA BRASSERIE

217

XVI—LA BRASSERIE

Esta crónica es para hombres, sólo para hombres. Yo soy un escritor leal, y á fuer de hidalgo caballero, debo consignar, ante todo, esta advertencia, por si puedo evitar así que alguna doncella incauta, ó dama curiosa, caiga en la tentación de entrar en este campo, que le está vedado.

Más si á pesar de lo dicho, hay por esos mundos, lectora desenfadada ó experta, que se arriesgue á penetrar conmigo en aquella famosa «Brasserie Guillaume Tell», bien venida sea: verá copiado su cuerpo en las lunas

de los espejos parlanchines, que han reflejado antes tantas caras bonitas y tantos cuerpos elegantes, aprisionados por los rigores de la moda. Bien entendido, que la que intente la empresa, ha de poner el corazón por encima de las humanas flaquezas, y la piedad á la altura de las debilidades ó desdichas de las arrogantes pecadoras, que con ella se rocen en el amplio salón, ó en el reservado pasillo, siquiera le parezcan amplios los descotes, ceñidas las faldas, ostensibles las curvas, y encendidos y provocadores los ojos, un poco abrillanados por el insomnio, por el *champagne*, ó por lo que sea.

La «brasserie», ofrece las mismas fases que el curso del sol, ó más bien que el de la tierra, puesto que hemos quedado en que el rey de los astros permanece inmóvil, en su trono des-

lumbrador, allá en los altos espacios siderales. De día es luminosa, clara, transparente, con ligeros eclipses, allá en el pasillo, ó en los ocultos gabinetes del piso bajo. Todo es en ella claridad: puede caminarsé por el recinto, sin temor de caer en la sima, sin tropezar con ninguna de las musas de la sombra.

Al crepúsculo toma tintes rojizos: empieza á reflejarse en ella, esa luz de púrpura, que el padre sol tiende sobre la tierra, al despedirse. Es preciso abrir mucho los ojos, despertar el ingenio y contener todo impulso irreflexivo: porque el que se deslumbré con la púrpura, ó el que en las inciertas claridades del obscurecer, no tenga el paso firme, la mirada clara y el corazón sereno, pudiera caer en los abismos más hondos que han fabricado la confusión y la incerti-

dumbre; y de esos abismos no hay cuerpo que salga íntegro y gentil. O se desgarran, ó se mutila.

En la alta noche, las ninfas del insomnio y del amor baten sus alas de rosa, en la sombra seductora del misterio. Aquel que sienta la faz acariciada por el roce del vuelo, no alargue la mano, buscando cuerpos angélicos que aprisionar, ni candores celestiales que recoger, ni albos senos devírgenes que descubrir tras de las gasas voladoras. Las alas están tronchadas, se destrozaron en la tormenta del amor, ó del destino; y el ángel cayó, pesado é inerte, desde el paraíso, como aquel de la poética visión galdosiana, en la horrible noche tempestuosa de Fricóbriga.

La noche amorosa, sobre los amantes
tiende de su cielo el dosel nupcial...

A la tibia luz de las estrellas, col-

gadas, según el dicho del mismo poeta glorioso, en el dosel de los amantes, éstos caminan, apasionados y resueltos, por el amplio bulevar, y luego descienden de braceró, hasta la «brasserie». Encendido el salón espléndido, los recibe amoroso, dispuesto á sepultar entre sus paredes de espejos, un secreto más; y ellos, animados por el ambiente encantado de misterio, que allí se respira, doblan los cuerpos, con molicie, en los divanes. Las lunas venecianas copian instantáneamente el grupo. Para mirarse, no han menester volver los ojos, los ojos aquellos encendidos y provocadores, ansiosos de reflejarse en las pupilas de la pareja. El espejo, confidente y fotógrafo, pone en el diálogo amoroso, el gesto y la acción.

Para los espíritus vulgares, inferiores, que no parece sino que son la

materia misma, animada por la palabra, y por un destello remoto de libertad y de luz, cada mujer trasnochadora, es un pecado vivo, que lleva en sí mismo, cierta fuerza expansiva de propaganda y de contagio. Obra de piedad, tal vez de justicia, sería la de rectificar estas vulgares conclusiones. La generalización sistemática conduce casi siempre al error. Hay muy pocas cosas absolutas, y muy pocas mujeres iguales.

Mirando con atención en cualquiera de las mil «brasserie» que en el mundo han sido, un gran concurso de clientes nocturnas; y prescindiendo, por abstracción artística, ó por divagación filosófica, de toda vulgar rebeldía de la carne excitada, la imaginación vuela en rededor de aquellas musas del amor, como queriendo adivinar, por la sutil penetración de la

hipótesis, cual pasión, alta ó baja, grande ó mezquina, enturbió el alma serena de aquellas mujeres; cual mano, tierna ó brutal, desgarró su descote, poniendo luego ante los extraños ojos, las blancas carnes palpitantes: cuales labios ardorosos pusieron sobre los trémulos labios de la cuitada, el primer beso, pregonero de las futuras caricias sofocantes... ó cuanto costó desnudar á la virgen pálida, para llevarla bien pronto, tentadora y mimosa, de mercado en mercado, de «brasserie» en «brasserie»

¿Cuál será más de culpar,
aunque cualquiera mal haga?
¿La que peca por la paga,
ó el que paga por pecar?

Poco á poco el salón, el pasillo y los gabinetes reservados, reciben nuevas parejas, que amorosamente se arrullan en los blandos rojos diva-

nes. Ellas van prisioneras en sus faldas «entravés» que á las anchas caderas se ciñen ajustadísimas, resaltando las suaves ó violentas ondulaciones de las curvas. Charlan alegres, rien ruidosas, se agitan, se revuelven, accionan, gesticulan, y á cada movimiento de los brazos, y á cada cambio del gesto expresivo, miran ansiosas las lunas de los espejos, copiando en ellas todas las gentiles actitudes que el hábito de la seducción sabe componer.

El *champagne*, que es el vino de las grandes solemnidades, es también el amigo cariñoso de los amantes, en las altas horas de las noches apasionadas. En las copas que las manos convulsas levantan, en situación de brindis, lo hemos visto brillar desde nuestra mesa de observación, espumoso y dorado. A veces el mimo, qui-

zás artificioso, de la pecadora, exigía que una sola copa sirviera para humedecer los labios de los dos. De estas minucias triviales, pudimos ver cierta curiosa variedad la noche que dedicamos á observar los grupos amorosos, que frecuentemente nos miraban con picante curiosidad, como si se preguntasen á sí mismos: ¿qué hacen ahí esos señores silenciosos y graves, que se fijan en nosotros con atención, rayana en la impertinencia?

A medida que la noche avanza, la alegría se desborda, pródiga, como el *champagne*. Mis compañeros se hacen lenguas de aquella satisfacción radiante, que en los rostros de las bellas toma tintes de luz, cada vez más intensos y vivos, y que en las pupilas enciende más aquel brillo ya dulce, ya siniestro, de que hablé al principio á los lectores. Idealizando un poco la

materia, hay que pensar que muchas veces no existe nada más triste que la risa. Los que no tenemos por qué disimular nuestros sentimientos, tal vez no sabemos conocer toda la importancia que encierra el ejercer un oficio, cuya principal función consiste en convertir el gesto y la expresión en careta del alma. Reir y reir, aunque se desgarré el corazón. El poeta lo ha dicho, en aquel rasgo de su inspiración altísima:

Mientras se llora, sin que el llanto acuda
á nublar la pupila.

Uno de los hombres que acompañan á las niñas alegres deja caer la cabeza sobre los brazos, cruzados en el mármol del velador. El *champagne* le ha vencido. Su compañera trata de incorporarle, con cierta suavidad galante, para no producir escándalo en la sala, ni atraer sobre

aquella actitud, un tanto ridícula, las miradas de los curiosos. Inútil empeño: el beodo ha caído, sin duda, en un profundo letargo. Ella mira, contrariada y recelosa, á todos los grupos, y con más fijeza al nuestro, sin duda porque está compuesto por hombres solos, y le parece, por eso, más temible. Luego reanuda sus tentativas para despertar al amante; pero inútilmente, porque la modorra es invencible.

Ella entonces se levanta, llama con una seña á un mozo del restaurant, habla con él breves frases, en voz baja, le señala la actitud un poco grotesca del caballero, y mirándonos de nuevo, como temerosa de aparecer ridícula á nuestros ojos, envuelve el busto en una gasa tupida del mismo color del vestido, y afectando una indiferencia que su mirar triste des-

miente, sale arrogante, sola, tacañeando ruidosamente y mirando su cuerpo alto y enjuto en el último espejo del salón. Indudablemente, va despechada; pero no sería sorprendente que volviera algunos minutos después, animada y alegre, del brazo de otro amigo trasnochador que la casualidad, esa gran protectora de los pecadores, le deparara en el Boulevard.

En el pasillo, que desde nuestra mesa se ve casi entero, han formado una tertulia bulliciosa algunas parejas, que pocos momentos antes andaban por las varias mesas diseminadas. Una mujer pequeña y graciosa, pero ayuna de belleza, se levanta y brinda, poniendo en las palabras un fuego y una entonación que recuerda el énfasis de ciertos oradores, de la clase de profesionales. No entende-

mos lo que dice, porque la palabra es rápida, vertiginosa. Al terminar eleva la copa y súbitamente la vuelca sobre la mesa, derramando en ésta su contenido. Prodúcese una gran confusión. Todas las figuras del cuadro se mueven, todas huyen, temiendo manchar sus ropas con el vino del brindis, que sobre el mármol se desliza rápido, en dorada corriente.

Fué aquello como la señal de la dispersión. Salieron en parejas, en medio de una grande y bulliciosa algarabía. Poco después salimos nosotros también, dejando todavía en los blandos divanes algunas parejas, en alegre charla entretenidas, y sobre el mármol, inmóvil y aletargado, al beodo, ahora solitario, á quien venció el sueño al lado de una bella.

XVII.—Á CASA

XVII.—A CASA

Se aproxima el momento de nuestro embarque y andamos locos por aquellos pasillos del hotel, dando las últimas instrucciones sobre el traslado de nuestros equipajes, los postremos encargos y las obligadas propinas, que también esta cola de las propinas se usa allende los mares; y es, en aquellos tristes instantes, un gran consuelo para nosotros admirar la corrección y atildamiento con que se alinean en la puerta del hotel todos los dependientes de la casa, temerosos, claro está, del agravio que había

de causarnos que omitieran su agradable y cortés presencia en la hora solemne de la despedida. Dios les pague ese rasgo de generosidad: nosotros ya se lo pagamos oportunamente.

En el instante supremo de partir, se nos ha perdido Langle. ¿Dónde está ese hombre?—nos preguntamos—Alguien sospecha que se nos ha pasado á la República vecina, impulsado por su amor á aquellas instituciones de la democracia; otros opinan que anda oculto empaquetando proclamas revolucionarias para derribar aquí todo lo existente. Y al fin resulta que todo obedece á la más prosaica de las vulgaridades: está en su cuarto, haciendo el equipaje. Es claro, un poeta no anda muy ducho en la colocación ordenada y simétrica de la ropa sucia y de los zapatos de uso

en el fondo de un baúl. Hay cosas que están reñidas con el arte, por su misma naturaleza.

Al fin sale, después de cruzar gallardamente por la doble fila de criados, que viene á ser como pasar de nuevo aquellos históricos desfiladeros de Roncesvallès. Viene sudando y ofreciendo toda clase de disculpas. Partimos. La plaza de las Armas, hecha un hervidero humano, nos recuerda la calma plácida y serena de nuestras sencillas costumbres provincianas.

A los coches y al paseo de Letang, donde se celebra la *kermesse* á beneficio de «La gota de leche». Hace frío; un vientecillo sutil nos combate con sus ráfagas heladas: en aquellas alturas, sopla que es una delicia. Y sin embargo, se ven en las instalaciones unos descotes y unos brazos desnu-

dos, que no parece sino que estamos en pleno Agosto. Algunas de aquellas desnudeces confortan un poco y dan al ambiente cierta grata tibieza primaveral.

Sólo unos instantes permanecemos en la *kermesse*, en la cual nos ofrecen, ante todo, un folleto que publica poesías de Mad. Maraval, y después unas copas de *champagne*, servidas por esas manos blancas que ni pegando ofenden. Hay algunas cantineras guapísimas, y próximas á ellas unas vendedoras de claveles que han puesto los precios de éstos por las nubes. Un concejal, de la clase de mayores contribuyentes, adquiere una de esas flores por la modesta suma de 50 francos. Mi sueldo de tres días—digo yo secretamente á Pérez Márquez. Y salimos para el muelle.

La primera noticia que allí recibimos, no puede ser más seductora: hay mar gruesa, y aún cuando el barco se propone caminar á media máquina, es seguro que hemos de sufrir una noche de aquellas que pasan al almacén de lo inolvidable.

Rodríguez Burgos se queda aterrado: recuerda con espanto el viaje del *Tuvia* y se mira de nuevo en aquella horrible situación. Por si faltaba algo, resulta que no disponemos del precioso recurso de los limones. Hay que hacer el viaje á palo seco. El *Tintoré* nos espera tan gallardo, en la bahía: nosotros esperamos el mareo, en el *Tintoré*. Cada uno tiene las esperanzas que puede; pero las nuestras ¡ay! no pueden ser más tristes.

¿Qué voy á decir de la despedida? ¿Qué diré que el lector no haya adivinado? Fué una hermosa síntesis y

un grandioso epílogo, de aquellas infinitas atenciones, de aquellos agasajos espléndidos, de aquellas delicadezas exquisitas que recibimos en la ciudad. Todos nuestros amigos, y una gran multitud entusiasta, han acudido á despedirnos. También hemos recibido el mismo honor de algunas damas, entre las que recuerdo á las bellas esposas del Consul de España y de Fermín Bastos.

El barco anuncia, con los gritos agudos de su sirena, la próxima partida. Suenan las mismas aclamaciones, que á nuestra llegada se escucharon, vibran los mismos hurras, y se desborda, como entonces, el entusiasmo, ahora acrecentado por la fraternidad que nos ha unido con los oraneses y por la gratitud que para siempre nos obliga con aquellos amigos inolvidables. La música, situada

á bordo, ejecuta los himnos de ambas naciones amigas, que tantas veces hemos aplaudido y reverenciado en la tierra argelina... y al fin partimos.

Todavía se confunden en el aire, cruzando el espacio que de la tierra nos separa, los ecos de las aclamaciones con que nos despiden desde el muelle y las notas de la música, que sobre la cubierta del buque ejecuta el último pasodoble. Los ecos se extinguen, la ciudad se desdibuja; ya sólo se distingue de ella las luminarias espléndidas del paseo de Letang, donde se celebra la fiesta benéfica. A lo lejos parecen un resplandor. Luego, nada: el cielo y el mar. Adiós.

Yo bajo á la cámara para elegir un departamento donde sufrir los vaivenes de la mar gruesa, que ya empieza á anunciarnos su gordura, en for-

ma bien expresiva. Pero me detengo en el comedor, al ver sobre la mesa un sin fin de objetos que brillan con vivos fulgores, bajo la luz.

—¿Qué es esto?—pregunto á mis amigos.

Y el director de la banda me contesta:

—Son las coronas que han regalado á la música en Orán.

—¿Y cuántas son?—le replico.

—Pues ocho.

Yo me quedo mirándole fijamente, dudando si aquel hombre que tengo delante es el pacífico Barrenas, á quien yo conocí en Almería, ó el auténtico Napoleón á su regreso de la campaña de Italia.

La cámara del *Tintoré* es más amplia y más elegante que la del *Turía*: la instalación ofrece más comodidades. Yo me acomodo en un camarote

de seis literas, de las cuales sólo en tres hay señales de posesión. A los pocos instantes llega Langle, vacilante el paso y un poco pálida la faz, huyendo, previsor, del mareo, y se tiende mustio á mi lado; poco después, y como si se pasearan por el bulevar, asoman González Egea y Romay, tan firmes y serenos, y se desnudan así como si estuvieran en su propia casa, en medio de unos bandazos, que ríanse ustedes de los columpios. Romay se acuesta en la litera que sobre la de Langle queda vacía. Dios quiera que no se hunda: esta es mi última oración de aquella noche.

Pero no hay quien se duerma porque hemos llegado al canal, y aquello es la muerte: hay que agarrarse fuertemente á las barandas de la litera, para no ser lanzado al pavimento del camarote. No se marea nadie,

salvo Rodríguez Burgos, de quien hay noticias desastrosas, pero reina un ambiente de terror, que no hay por qué disimular. Menos mal que Langle nos cuenta una tragedia que le ocurrió á bordo del «San Fernando» y que debió ser cosa de juego, cuando se llegó al caso, de que un sacerdote exhortara á todos los pasajeros al arrepentimiento, y los absolviera de sus culpas; y luego Romay recuerda otro lance por el estilo, que le obligó á empuñar un revolver, dispuesto á no morir á manos de los peces. Estos episodios nos confortan un poco y nos devuelven la calma perdida. Un destello de alegría y de confianza, parece iluminar el camarote. Así da gusto viajar.

Pues así pasamos la noche, y así transcurrió la mañana, sin que nadie osara levantarse de las literas, que

hubiera sido lo mismo, que tirarse de cabeza al suelo. Yo recordaba entonces los mil encomios que he oído de los viajes por mar.—Usted no se ha embarcado nunca?—me han preguntado muchos.—¡Ah! Pues es delicioso: ni polvo, ni carbonilla, ni la estrechez angustiosa del vagón, ni las paradas en las estaciones... nada, ni una sola molestia. Y después de este recuerdo, miraba á Langle, y pensaba en los felices momentos que disfrutaría en el «San Fernando» al verse libre de todas estas incomodidades. Envidiaba á Rodríguez Burgos, que iba inconsciente, lívido, desgarrándose las fauces, pero extraño y ajeno á la realidad.

Al fin nos avisan de que estamos á la vista del puerto: los movimientos son más suaves. Ya puede uno arriesgarse á andar en dos pies; y poco á

poco vamos subiendo á cubierta, y luego al puente, desde donde descubrimos las risueñas lejanías de nuestra ciudad. A su vista olvidamos los mil incidentes de la noche espantosa; y hasta nos permitimos algunas bromas con Rodríguez López y con Guirado, que envueltos en sus largas blusas plumizas, parecen dos «sportman» que en su vida se hayan mareado. Por allí se ve también á Dario, mirando con ojos tiernos la ciudad, ya próxima.

Desde el morro, nos envían los primeros saludos y los primeros aplausos; y allá, en el amplio andén del muelle de Levante, vemos agitarse, alegres, manos y pañuelos que anticipadamente nos dan la bienvenida. A medida que avanzamos, sobre las aguas, un poco intranquilas y rizadas de la bahía, vamos distinguiendo las

siluetas de las personas que nos esperan. Uno ve á Ramos Oller, otro á Berruezo, aquel á su mujer, este á sus hijos, á sus hermanos. La imágen siniestra del peligro, va borrándose, al fin; y una dulce confianza, esponja todos los espíritus y anima todos los corazones.

Suenan de nuevo los aplausos, ahora más perceptibles y entusiastas: Barrenas, ó como si dijéramos, el héroe de Austerlitz, contesta á las aclamaciones con el obligado pasodoble. Casi podemos estrechar las manos de los que nos esperan: un instante más, y abrazaremos á deudos y amigos sobre nuestro pecho.

Yo procuro evadirme modestamente (el hambre me impulsa á toda prisa) de las manifestaciones cariñosas de la multitud; y en cuanto la rampa de salida me lo permite, salto á tie-

DAVID ESTEVAN

rra, busco á los míos, empaqueto, como Dios me da á entender, chiquillos y sombrereras y maletas, en el clásico coche de punto; y atolondrado por las voces de mis hijos, que me asedian y casi me ahogan, requiriéndome para la inmediata entrega de los ofrecidos juguetes, grito al cochero, con voz desfallecida, por el cansancio y por el hambre:

—A casa.

30 Mayo—15 Junio 1911.

